2757

EL TEATRO
MODERNO

50
CTS

Sago
XXIX

EDUARDO MARQUINA

CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Eduardo Marquina

CUANDO FLOREZCAN LOS ROSALES

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid, en febrero de 1913

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 14-XII-1929 NÚM. 225

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Agueda...	*Sra. Guerrero.*
Lolín...	*Srta. Ladrón de Guevara.*
Ama Concha...	*Sra. Torres.*
Salazar...	*Sr. Diaz de Mendoza.*
Papá Gaspar...	*Cirera.*
Jorge Valtierra...	*Vilches.*
Blas...	*Mesejo.*
Un niño...	*N. N.*

A MARIA GUERRERO

Hay siempre en tus creaciones, sobre lo que es imagen y expresión de la obra escrita, algo *que inspira y revela obras futuras. En realidad, te pertenecen éstas antes de existir. Y dedicártelas, según van apareciendo, es una restitución. Por lo que tiene de justicia, acepta.*

E. M.

ACTO PRIMERO

Sala grande, convertida en "hall" a la moderna, en la casa de campo del doctor Ayezcua. Al fondo, puerta de cristales que abre sobre una "pérgola", florida de rosas. También, al fondo, habrá un recuartito, separado del "hall" por una simple cortina. En este recuartito, la mesa y algunos libros y aparatos del doctor. Otra puerta, mucho más pequeña, que abre también al exterior. A la derecha, chimenea monumental, y a cada lado una puerta. La del fondo comunica con las habitaciones interiores; la del primer término, con el cuarto de Salazar. A la izquierda, escalinata con barandal de madera que da ingreso a las habitaciones altas; otra puerta, en primer término, de otro cuarto bajo. Ama Concha, en el despacho del doctor, abre de par en par el ventanal. Entra a chorros la luz de la mañana. En seguida, y en silencio, abre la puerta del fondo, sobre la "pérgola" blanca, florida de rosas. En la divina claridad de una mañana de junio, se evapora, como diluída, la lejanía del jardín.

(Ama Concha, después de quedarse un instante embebida en la contemplación del horizonte luminoso, torna a la habitación. En este momento acaba de entrar, descendiendo por la escalera lateral, Lolín.)

LOLIN. Buenos días, ama Concha.

CONCH. Buenos días, Lolín. ¿A su paseo, la enfermita?

670924

LOLIN. No tengo muchas ganas.

CONCH. La mañana está buena. Agueda debe haber salido ya.

LOLIN. ¿Sí?

CONCH. *(Señalando.)* Dejó abierta la puertecita del doctor.

LOLIN. ¿Salía otros años Agueda a estas horas?

CONCH. ¿No lo recuerdas?

LOLIN. No.

CONCH. Salió siempre. Hace su ronda por el pueblo. Allí madrugan. *(Sale por la lateral derecha, segundo término, que estará siempre abierta.)*

LOLIN. Es verdad. *(Una pausa. Deja sobre una mesa el sombrero que traía puesto.)*

CONCH. *(Volviendo a entrar con lo necesario para el desayuno de Lolín.)* ¿Decididamente no salimos?

LOLIN. *(Sentándose.)* Decididamente no tengo ganas de nada.

CONCH. ¡Niña!... ¿volvemos a las andadas?... ¿va a resultar que nos cuidábamos mejor estando solas?

LOLIN. ¡Oh, sí, mejor!... ¡tanto mejor!

CONCH. ¡Ingrata!... ¡si Agueda te oyera!...

LOLIN. Está lejos... ¡quién sabe dónde está! ¡Como no le cuesta andar!

CONCH. ¿Qué te pasa?

LOLIN. No sé... Me acuerdo de antes... ¡El mes de mayo ha sido tan bueno en "Los Rosales"!

CONCH. ¿Porque estábamos solas?

LOLIN. Tal vez... Piensa que yo soy para tan poco, tan para poco, que me basto apenas a mí misma.

CONCH. ¡Oh, la gran enferma!

LOLIN. La enfermita... ni a gran enferma llego. Ya lo sé. Vivo, gracias a los cuidados de papá Gaspar.

CONCH. Y de una hermanita de la Caridad, que no lleva tocas.

LOLIN. Es verdad; gracias a los cuidados de Agueda también. Y a los tuyos, ama Concha. ¡Las noches que te habré martirizado, tirándote del brazo, cuando cabeceabas, sentadita junto a mí!... ¡qué mala soy! Todo lo debo a los demás, y en

vez de agradecer, exijo. Bien me dice Jorge...

CONCH. *(Bruscamente, interrumpiéndola.)* ¡Acabáramos, chiquilla!, ¿todo para en eso?

LOLIN. ¿En qué?

CONCH. ¿Puede ser en otra cosa?... Desde que llegamos a "Los Rosales" a reponernos del último arrechucho del invierno, para nosotras dos, en "Los Rosales" no ha habido otra cosa que el señor don Jorge Valtierra. Desde la primera tarde... Me parece que le estoy oyendo: "Señorita, somos vecinos..." ¡y tan vecinos!

LOLIN. *(Sonriendo.)* ¿Recuerdas cómo nos intrigó, al principio, tropezar siempre con él?

CONCH. Recuerdo que procurábamos burlarle.

LOLIN. ¡Echábamos a correr, escapando!

CONCH. Pero tú volvías la cabeza, para ver si el caballero aparecía... ¡con ganas de que apareciera!

LOLIN. Me gustaba el modo que tenía Jorge de parar la yegua en seco, a dos dedos de mi espalda, de modo que yo sentía en la nuca, como una caricia, el aliento del último resoplido... ¡Qué bonita yegua!

CONCH. Desde la primera tarde, calé yo que ibas a enamorarte de la yegua.

LOLIN. Parecía de terciopelo.

CONCH. Vamos a ver: ¿qué dice de tu caso don Gaspar?

LOLIN. Papá Gaspar no sabe nada: no le hablé, me da vergüenza.

CONCH. Bien... ¿y mi Agueda, qué dice? ¿Tampoco le has hablado?

LOLIN. Menos.

CONCH. ¡Oh, sí, cuida, que muerde!... ¡el ogro va a ser ella!... ¡y tratándose de su enfermita! ¡como hay Dios que iba a tardar en ayudarte!

LOLIN. Tal vez.

CONCH. ¡Sin tal vez!

LOLIN. ¡Yo no he dicho que no!

CONCH. Haces peor. No dices nada y quieres que te apruebe cuando piensas mal.

LOLIN. Ama Concha, no hablemos de eso; me da pena, créeme, ¡no hablemos de eso!

CONCH. *(Fingiendo enfado y resentida.)* Bien: no hablemos... Tiene razón el doctor; va a resultar que me tomo demasiadas confianzas con los enfermos.

LOLIN. ¿Pero te vas, ama Concha? *(Ama Concha, sin decir palabra, muy dolida, se vuelve a decir que sí con la cabeza. Lolín se levanta y va a buscarla.)* ¿Te vas enfadada?

CONCH. Como la señorita ha dispuesto...

LOLIN. *(Abrazándola y acariciándola.)* La señorita ha dispuesto que le des un buen abrazo para hacer las paces, tonta. *(Se abrazan. Ama Concha sonríe.)* ¡Ajajá!... Y la señorita ha dispuesto que la trates sin contemplaciones, hasta que la riñas si lo ha merecido; pero que no te enfades con ella ni la dejes sola. ¡Ama Concha, no me dejes sola, que tendré ganas de morirme!... ¡Bastante sola estoy!... ¡Si tú supieras!...

CONCH. ¡Niña!... ¿Pero estás hablando en serio? ¿Sufrías de verdad?... ¡Aquiétate, sosiega!

LOLIN. ¡Si supieras!...

CONCH. ¿Qué importa que yo sepa? Debes contárselo al doctor.

LOLIN. *(Con sobresalto.)* ¡No!

CONCH. ¿Es tan grave?

LOLIN. Es horrible.

CONCH Me asustas.

LOLIN Yo, que debía besar el suelo donde pisáis todos vosotros, voy a ser la desgracia de esta casa... Tú verás, ama Concha..., voy a ser la desgracia de esta casa.

CONCH. ¿Pero qué imaginaciones?...

LOLIN. No son imaginaciones esta vez. Me lo está dando el corazón.

CONCH ¡Niña!

LOLIN. ¿Cuántos días llevamos sin ver a Jorge?

CONCH. Vino ayer... y hoy vuelve... Conque si más quieres...

LOLIN. Pero ayer ¿cuántos días llevábamos sin verle?

CONCH. Yo qué sé... cinco, tal vez.

LOLIN. Cinco... cinco eternidades ¿Y cuántos días hace que llegaron Agueda y papá Gaspar?

CONCH. Doce: ¿qué quieres decir?

LOLIN. Qué más pronto...

CONCH. ¡Jesús!... ¡Ave María!... ¿Vas a hacer que carguen ellos con la culpa? Pues ni el doctor podía acogerle más bondadosamente, ni Agueda mostrarse más amable con el vecinito. Porque eso yo lo he visto.

LOLIN. ¿Lo has visto tú también?

CONCH. ¡Saltaba a los ojos! ¿De qué te quejas?

LOLIN. De eso.

CONCH. ¿Qué? *(Con acento de reconvención.)* ¡Niña! *(Hay una pausa.)*

LOLIN. Ama... ¿cómo debe de ser Agueda, queriendo?

CONCH. Tú puedes saberlo.

LOLIN. ¿Te enfadas otra vez?

CONCH. Por mi Agueda tendría que enfadarme; porque la crié a mis pechos y no la hice tan mala como tú supones... Desde que murió tu padre, ella ha sido hermana y madre para ti.

LOLIN. Es verdad.

CONCH. No se me olvida la noche de la clínica, en Madrid, cuando don Gaspar se convenció de que sus cuidados y su ciencia eran inútiles. Tú, enferma también, hacía días que no veías a tu padre. Además, ¡eras tan niña!... ¡nueve años apenas y tan poca cosa desde que naciste!... Por eso había que oír al pobre hombre que apretaba las manos del doctor y se moría, diciendo: "¡mi enfermita!... ¡mi enfermita!..." ¡Con unos ojos, que pedían de un modo!... Pero Agueda, arrodillada del otro lado, le iba respondiendo: "¡nuestra enfermita!..." ¡con un acento que confortaba y hacía sonreír al moribundo!

LOLIN. ¡Padre mío!

CONCH. Y así fué... No te has movido de casa, desde entonces. Y en estos diez años ¿te faltó cariño? Ya puedes saber cómo es Agueda queriendo.

LOLIN. Sí.

CONCH. ¿Estamos más tranquilos?

LOLIN. *(Después de una pausa.)* No. Pero no importa. Ahora me consuelan otras cosas. *(Junto a la pérgola, en la puerta del fondo, acercando a su rostro una rama de rosal trepador, toda florida.)* ¡Qué divinas flores!

CONCH. ¿Cortamos unas cuantas?

LOLIN. Tal vez Agueda traerá. Otros años, cuando veníamos a "Los Rosales", Agueda tenía esta costumbre. Cada mañana, volviendo del pueblo, traía flores para su enfermita.

CONCH. Este año ya estás buena.

LOLIN. Por eso no las trae. *(Se abre la puertecita del doctor y Agueda, asomando por ella, dice:)*

AGUE ¡Buenos días! ¿Ya andamos con secretos a estas horas?

LOLIN. *(Los ojos llenos de lágrimas, observando a su amiga.)* ¡Qué hermosa es Agueda!

AGUE. *(A Lolín, viniendo a primer término.)* ¿Cuánto rato llevamos de palique y sin desayunarnos?

CONCH. Acaba de salir. ¡Si es muy temprano! Hoy madrugasteis las dos, no sé por qué.

LOLIN. Yo, interés que tenía por la jira. Me tardaba hacer mi ronda por el pueblo, cumpliendo los encargos de mi padre. ¿Y veis? Ya estoy de vuelta. Supongo que Valtierra aún no ha venido.

LOLIN. Todavía no.

AGUE. Las siete y media. Vamos a pensar en la enfermita. *(Se quita los guantes, y con la mano sobre el jarro de la leche, se cerciora de su temperatura.)* Está bien. Azúcar, ama.

CONCH. *(Presentando el azucarero.)* Aquí.

AGUE. *(A Lolín.)* ¿Tres terrones, verdad?

CONCH *(Rápida: respondiendo por Lolín.)* Sí, tres terrones.)

AGUE. *(Mientras hace.)* El azúcar no es malo. Nutre mucho. Los ingleses hartan de confituras a los niños y hacen bien. *(Preparada ya la taza, se dispone a servirla a Lolín.)*

LOLIN. ¿A los niños?

AGUE. *(Con intención cariñosa.)* A los niños... Aunque sean mayorcitos como tú; sí. Siéntate. *(Lolín,*

que se disponía a apurar la taza en pie, obedece.) Bebe despacio..., a sorbos pequeñitos .., ajajá...

LOLIN. *(Devolviendo la taza.)* Gracias. *(Ama Concha se va, llevándose la taza y el servicio, por la lateral derecha de segundo término.)*

AGUE. ¿Ves?... Y si ahora te pusieras el sombrero y echaras poquito a poco hacia el parterre, a coger unas rosas que prenderte al pecho, serías una enfermita tan juiciosa que la salud vendría sola; sin llamarla.

LOLIN. ¿Por qué quieres que me prenda rosas?

AGUE. ¡Te animan tanto!... Ya casi estás buena; pero cuando te pones unas flores lo pareces más. Tengo ganas de verte completamente buena..., ¡fuerte! Y si tú no haces por ella, la salud no hará por ti.

LOLIN. ¿Me acompañas al jardín?

AGUE. Espero a mi padre.

LOLIN. Le veremos pasar.

AGUE. Puede marcharse por la puertecita.

LOLIN. Es verdad. *(Da con pocas ganas unos pasos hacia el fondo; se detiene. Agueda la observa.)* Otros años, Agueda, cuando volvía del pueblo, me traía estas flores, que ahora cortaré solita.

AGUE. Y este año también; alguna vez.

LOLIN. No.

AGUE. Sí... ¿no recuerdas? Me extraña que no lo recuerdes.

LOLIN. ¿Por qué?

AGUE. No vale la pena; pero me dejaste resentida.

LOLIN. ¿Yo?

AGUE. Tú... Te había traído cuatro rosas y una de ellas, medio abierta, del rosal que lleva mi nombre. Te lo dije: es la primera que da y el primer año que florece.

LOLIN. Sí... es verdad.

AGUE. Pues nada más. Ya sabes que al marcharse aquella tarde Valtierra, que es tan amigo tuyo, se llevaba aquella rosa. Así la agradecías.

LOLIN. El me la robó.

AGUE. ¡Ah, te felicito! Tenéis mucha intimidad.
LOLIN. ¿Lo sientes?
AGUE. ¿Lo has tomado en serio?
LOLIN. ¿Lo has dicho tú en burlas?
AGUE. ¿Ves?... Así me gustas... Irguiendo la cabecita y sacando las uñas para defenderte... ¿Por qué no eres siempre así?
LOLIN. *(Llevándose la mano al corazón como si se sintiera oprimida.)* Agueda...
AGUE. *(Cambiando de tono: solícita.)* ¿Qué te pasa?
LOLIN. No puedo más.
AGUE. *(Con un arranque, corriendo a ella.)* ¿Te sientes mal?... ¿tienes opresión?... ¡chiquilla!... ¿te hice daño sin querer?
LOLIN. *(Casi en sollozos y vencida.)* ¡Júrame que no me quieres mal!
AGUE. ¡Lolín!
LOLIN. Júrame que he de tenerte siempre al lado en todo, en todo... ¡y nunca enfrente de mí!
AGUE. *(Que después de una pausa, la abraza y la besa en la frente.)* ¡Lolín!
LOLIN. *(Descorazonada.)* ¡No me lo juras!
GASP. *(Desde lo alto de la escalera.)* ¡Andando!... ¡el que me quiera que me siga!
AGUE. Papá.
LOLIN. *(Corriendo a saludarle.)* Buenos días, papá Gaspar.
GASP. Buenos días. Buenos días, señorita Silvestre. ¡A ver! ¿qué tenemos hoy?... ¡esos ojos! *(La lleva a la luz cogida de la mano y observándola despacio. Agueda atiende con ansiedad a la inspección.)* ¿De qué hablabais?
AGUE. De Valtierra. Parece que tarda, ¿no?
LOLIN. Quedó en venir a las nueve. ¿Nos acompañarás, papá Gaspar? *(El doctor ha soltado las manos a la enferma. Durante unos instantes aplica un dedo sobre los vasos del cuello, un poco más arriba de la clavícula izquierda.)*
GASP. No puedo. Seguramente no podré. ¿Cómo anda ese herido? ¿Sabes algo, hija?
AGUE. Para eso quería verte. Acabo de hablar con su

madre. Mal. La noche ha sido peor que la anterior. ¡Te esperan con una ansiedad!

GASP. (*Volviéndose a Lolín.*) ¿Ves como no puedo?... Los médicos no tenemos vacaciones, so pena de veranear en un desierto. ¿Había más?

AGUE. Nada. La pequeñita del hornero ya no tiene fiebre. Y a Blas le tropecé en la plaza.

GASP. ¿Cantando?

AGUE. Como siempre.

GASP. ¡Son de hierro! ¿Recordáis que el día que llegamos me vinieron a buscar precipitadamente?

LOLIN. Sí; lo recuerdo...

GASP. Era por él. Domando un potro, había recibido una coz en mitad del pecho. Todavía le encontré asfixiándose y con indicios de traumatismo en los pulmones. Pues ahí le tenéis. Como si nada. A propósito. Hacèos presentar al causante de la aventura, esta mañana. Es uno de los mejores potros de ese amigo vuestro.

LOLIN. ¿De quién?

GASP. *(Imponiendo silencio a su hija con el brazo.)* De ese que va a venir dentro de poco... ¿Cómo se llama?

LOLIN. Valtierra. *(Después de decirlo vuelve la cabeza, como para mirar al jardín.)*

GASP. *(Observándola.)* Valtierra, sí. Jorge Valtierra, ¿verdad?

LOLIN. *(Apurada.)* Sí, Jorge.

GASP. *(Sonriendo.)* Bien. Y ahora mientras llega ese señor y son las nueve, el viejo y la niña se irán a dar unas vueltecitas por el jardín... ¿verdad?

LOLIN. *(Sin mucho entusiasmo.)* Si tú quieres...

GASP. Sí; lo quiero. Para que bebas, como te he mandado, en la fuente de abajo, que trae un poco de hierro, y además... para que hablemos. Dime, hija, ¿no crees que a la princesita Silvestre nos la han hechizado este verano?

AGUE. *(Con acento frío.)* Qué sé yo... ¡podría ser!

GASP. Podría... Pero yo quebrantaré el hechizo. ¿Qué te crees? Los médicos venimos a ser en la vida

como los magos en los cuentos. Andando. El que me quiera que me siga.

LOLIN. ¿Agueda no viene?

GASP. Prefiero que no venga. Las artes de los magos son secretas.

AGUE. *(Compadecida de la incertidumbre y angustia de Lolín.)* ¡Lolín!

GASP. *(Saliendo ya.)* No la detengas. Es de veras que le quiero hablar

AGUE. Será un momento. *(A Lolín, que ha corrido junto a ella.)* En cuanto venga Jorge, te iremos a buscar.

LOLIN. ¿De veras?

AGUE. *(Con un esfuerzo.)* Te lo prometo.

GASP. ¡Niña!

LOLIN. *(Saliendo, después de vacilar un rato y de abrazar a Agueda precipitadamente.)* ¡Voy, papá Gaspar! *(Sale.)*

AGUE. *(Después de una pausa.)* ¡Tarde!... Y si encontrara resistencia, menos mal. Pero a mansalva. . ¡y a esta criatura!... ¡Quisiera ser mala! *(Da unos pasos; se va al fondo a mirar por el ventanal. Sale por la derecha Salazar. Salazar ha registrado primero los títulos de unos libros que hay sobre una mesa; luego ha visto a Agueda que en el fondo, abstraída contemplando por el ventanal, no le oyó entrar.)*

SALAZ. *(Tose un poco para llamar la atención de Agueda; ésta se vuelve a mirar sobresaltada.)* Agueda.

AGUE. ¡Señor Salazar!

SALAZ. Buenos días.

AGUE. ¿Acaba usted de salir?

SALAZ. Hace un instante.

AGUE. ¿Le sirvieron? ¿Pidió usté su café?

SALAZ. Esperaré a desayunarme con todos... ¿No es hoy la excursión a las yeguadas?

AGUE. Precisamente.

SALAZ. ¿Vino ya el señor Valtierra?

AGUE. No.

SALAZ. ¿Han salido la niña y el doctor?

AGUE. ¿Pretende usted abandonarme?
SALAZ. ¡Oh, mi compañía es poco amena!
AGUE. Se equivoca usted, Salazar. Y además, precisamente en este momento, es oportuna.
SALAZ. *(Con asombro.)* ¿Qué me dice?
AGUE. Oportunísima. Tengo que hacerle a usted una pregunta, Salazar.
SALAZ. *(Con interés que exagera un poco.)* Oigamos.
AGUE. Sin malicia.
SALAZ. Tal vez sin malicia, pero no sin interés.
AGUE. ¿Por qué supone?...
SALAZ. ¿Que lo que quiere preguntarme le interesa? Estaba usted tan abstraída, pensando en ello, que ni me oyó llegar...
AGUE. ¿Y cómo sabe que pensaba en ello?
SALAZ. Me ha dicho usted que llego con oportunidad... He de suponer que mi presencia ha coincidido con el instante en que formulaba su pregunta.
AGUE. Estaba distraída y nada más. *(Una pausa. Fingiendo indiferencia, Agueda se decide a preguntar.)* ¿Qué piensa usted de Jorge de Valtierra?
SALAZ. ¿Yo?... Poca cosa.
AGUE. ¿Bueno o malo?
SALAZ. Es necesario que precise usted. Así, en abstracto, no se piensa nada de los hombres: ni bueno ni malo.
AGUE. Responda usted, en general. Con ese mismo criterio, un poco vago, de que nos servimos para decir de un hombre: es un temperamento sano o es un temperamento enfermizo.
SALAZ. *Criterio vago* son dos palabras que rabian de estar juntas. Porque criterio es la fijeza misma. Pero trataré de que nos entendamos. ¿Está usted impaciente?
AGUE. No; siga usted.
SALAZ. El señor Valtierra me parece un hombre equilibrado.
AGUE. Es mucho.
SALAZ. Es todo. En moral no cabe perfección mayor.
AGUE. ¿Y usted afirma que Valtierra...?
SALAZ. Es un hombre equilibrado, sí, señora. Satisface

plenamente todas las necesidades morales de un buen productor y educador de potros.

AGUE. ¡Se burla usted de mí! No sé si le elogia o le condena.

SALAZ. Ni una cosa ni otra. Le juzgo en general. Como usted no quiere precisar... La vida moral de Jorge Valtierra no tiene interés. Se trata de un espíritu sin grandes necesidades. Gasta poco; compensa con facilidad. Es un equilibrio un tanto negativo; pero encontramos siempre el equilibrio.

AGUE. No le parece a usted un hombre de pasiones.

SALAZ. Depende del camino que recorran sus sentimientos; no está en él; como no está en el agua su fuerza motriz, sino en la altura de que se desploma. ¿Me ha entendido?

AGUE. Claramente. Valtierra es, para usted, uno de esos caracteres que pueden considerarse como un producto de las circunstancias.

SALAZ. Exacto. Con una salvedad. Las circunstancias, muchas veces, las creamos o las modificamos nosotros mismos.

AGUE. Ya... ¿Y él?...

SALAZ. El renuncia a su derecho de crearlas o modificarlas. Se limita a aceptar o rechazar.

AGUE. *(Apasionada.)* ¡No es cierto!

SALAZ. *(Frío.)* ¿Cómo?

AGUE. Por lo menos, en un momento de su vida...

SALAZ. ¿Cuándo?... Vamos a eso... Rico heredero de una casa de industriales fortísimos en tierra vasca, ingeniero de título belga, revalidado en España y "conocido *sportman*", como dicen hoy, realiza un día hornos y máquinas, cierra fábricas y talleres, compra tierras, ensaya diferentes cultivos, diferentes crías y acaba por establecer, en pocos años, estos magníficos potreros que yo he visitado el otro día y que, en su género, constituyen una maravilla, única en España. ¿No es así?

AGUE. Pues me parece que el hombre capaz de romper con la tradición pujante y cómoda para se-

guir caminos nuevos, aparte de la energía de carácter que necesita el hecho, no es un producto pasivo de las circunstancias.

SALAZ. ¿Por qué no? La crisis de la gran industria es general en Europa. La inició la propaganda de ciertas doctrinas filosóficas y la han determinado agudamente las luchas sociales. Pues la agricultura, que el dinero colonial ha puesto en moda, representa un buen compás de espera. Pasando de los hornos a los campos, Valtierra no ha hecho más que ceder a la presión del medio; ha contemporizado con determinadas circunstancias que le daban la pauta de su vida; es un buen conservador. Reténgalo usted. Tal vez le sea útil. En sus actos, como en sus sentimientos, Valtierra no innova: *conserva.* ¿Precisamos un poquito más?

AGUE. Si usted se empeña...

SALAZ. Por galantería... y por agradecimiento. Me parece que el asunto le interesa, y además estoy seguro de no haberle merecido nunca tantos minutos de atención. Sea por lo que sea, estoy reconocido.

AGUE. ¡Qué injusticia!... ¡Eso lo dice un hombre que es un oráculo en la casa! Hace años que, a mi alrededor, no veo dar un paso sin consultarlo con usted.

SALAZ. Es cierto. El doctor Ayezcua me dispensa el honor de apreciar mis condiciones de carácter en mucho más de lo que valen. No me consulta. Habla conmigo de las cosas de la vida y solemos abundar en las mismas consideraciones generales. Pero la hija del doctor Ayezcua, a quien tengo el honor de dirigirme, no sólo no imita a su padre en este aprecio, sino que manifiestamente me es hostil y evita hablarme.

AGUE. Porque me mortifica empezar cualquier conversación para que, a las pocas palabras, esten dándome consejos. No puedo remediarlo.

SALAZ. ¿Y cuando son acertados los consejos?...

AGUE. Precisamente cuando son acertados. Me molesta

que los demás tengan razón antes que yo. Me empeño en llevar la contraria, y acabo por perder. Da mucha rabia. Si alguna vez evito hablarle de cosas importantes, es para poder estar de acuerdo con usted; no se queje.

SALAZ. Debe de haber ciertas razones, Agueda, que la impulsan a proceder de esta manera. ¿Quiere usted que las busquemos?

AGUE. (*Después de una pausa.*) Hablemos de Valtierra.

SALAZ. Es lo mismo.

AGUE. ¿Cómo?

SALAZ. Es lo mismo.

AGUE. ¿Por qué?

SALAZ. Porque llegará un momento en que no pueda hablarle de ese caballero sin hablar de usted.

AGUE. (*Después de una pausa y haciendo ademán de salir por el fondo.*) Pues entonces dejemos las cosas como están.

SALAZ. (*Haciéndose atrás y como cortándola el camino.*) Ahora, ya no.

AGUE. (*Con altivez: seca.*) ¿Dice usted?

SALAZ. Ahora, ya no.

AGUE. (*Sonriendo y con ironía; pero contrariadísima en el fondo.*) ¡Amanece usted ejecutivo!

SALAZ. (*Insistiendo y dando un paso hacia ella; una emoción en la voz que no tuvo hasta ahora.*) En su bien, Agueda. No olvide usted, se lo ruego, que si la mortifica esta insistencia, me obligan a insistir el afecto leal y el cariño sincero que siento por usted.

AGUE. (*Con un poco de crueldad vengativa.*) ¡Ah!... ¿pero usted tiene sentimientos?

SALAZ. ¿Lo duda, porque no son aparatosos? No lo dude. Mis sentimientos no gritan; pero les debo algunas canas.

AGUE. (*Con ironía.*) Voy a acabar por tenerle simpatía.

SALAZ. No he tratado nunca de inspirar a nadie compasión. (*Hace ademán de salir por el fondo.*)

AGUE. ¿Se va usted?

SALAZ. ¿No es eso lo que usted quería?

AGUE. No; ya no. Perdone, Salazar. Me ha parecido, por sus últimas palabras, que malicia no sé qué y es necesario que despejemos esa incógnita. Ahora soy yo la que desea hablar. ¡Me está entrando un miedo!

SALAZ. *(Volviendo; la misma voz grave y emocionada de hace un instante.)* Puede ser verdad, y, en todo caso, debiera ser verdad. Agueda, por lo que más quiera en este mundo, no se empeñe esta vez en llevar la contraria a los consejos; no a los míos; no le he dado ninguno; no pienso darle uno solo. A los que usted misma, en el fondo de su conciencia, se está formulando categóricamente. Sería hacer su desgracia para en vida. Es usted una noble criatura; pero tiene usted la superstición de la independencia, de la voluntad, del culto individual. Se ha educado en esta atmósfera. Desgraciadamente no conoció madre y yo creo que echo de menos su influencia en el alma de usted, Agueda. Los padres educan a sus hijas para mujeres; las madres, para madres. Y en este ligero matiz hay un cúmulo de sumisiones inefables, un deseo de vivir para los demás, que usted no siente todavía sin protesta.

AGUE. ¿Soy tan mala?

SALAZ. Yo me callaría, si lo fuera usted. Tengo la evidencia de estarle hablando en un momento en que dentro de su alma suenan dos voces igualmente imperativas y contrarias. Ceda usted a la más noble.

AGUE. Yo tengo derecho a vivir.

SALAZ. No es ésa la más noble.

AGUE. No hago daño a nadie: Nadie se ha cuidado de contenerme con una confidencia tierna, fraternal; de esas que fuerzan, por un sentimiento de correspondencia, el albedrío.

SALAZ. ¡Qué excusa más pobre y que poca importancia la que usted misma le concede!

AGUE. En todo caso, yo soy dueña de mis actos. No entiendo con qué derecho me habla usted.

SALAZ. Con ninguno, si no le hablase en nombre de usted misma.

AGUE. Yo misma creo que a la vida corresponde la última palabra.

SALAZ. Que puede ser una sentencia.

AGUE. Mal camino. Las amenazas me espolean. ¡Si fuera siempre así! ¡Qué más quisiera que un duelo franco, leal, de todos los momentos, aunque fuese una quimera el triunfo!

SALAZ. Así lo creo; pero hay duelos que son asesinatos.

AGUE. *(Grave.)* ¡Señor Salazar! *(Se abre la puertecita del fondo.)*

SALAZ. *(Rápido.)* ¡Silencio! Es él.

AGUE. *(Con ímpetu.)* ¡Jorge!

JORGE. *(Entrando.)* Buenos días, Agueda... Amigo Salazar... *(Estrecha a Agueda las manos con efusión. Se vuelve a estrechar la suya a Salazar.)*

SALAZ. ¿Me deja usted que le descargue un poco? *(Salazar le toma el sombrero y la fusta.)*

JORGE. ¿Y mi querido doctor?... ¿Y Lolín?

SALAZ. *(Desde el fondo, donde dejó sobre un mueble el sombrero y la fusta de Valtierra.)* En el parque. Iré a buscarles.

AGUE. *(Que acaba de pulsar un timbre, rápidamente.)* Ama Concha irá. No creo que tarden.

SALAZ. No me prive usted del placer de sorprenderles. Estos idilios del viejo y la niña son de mi exclusiva incumbencia.

AGUE. Pues vamos los tres.

SALAZ. Es una crueldad para Valtierra. Tendrá ganas de sentarse un poco.

JORGE. No, por mí... El caballo no me cansa. Es una pila eléctrica; al revés, tonifica y exalta.

SALAZ. *(Con ligera intención, a Agueda, saliendo.)* ¡Conténgalo usted!

CONCH. *(Que asoma por la lateral derecha segundo término, al paso, a Salazar.)* ¿Llamó?

SALAZ. La señorita. *(Sale.)*

AGUE. Sírvenos. ¿Toma usted café por las mañanas, Jorge?

JORGE. *(Que distraídamente hojea algunas revistas sobre la mesa.)* Yo me he desayunado ya.

AGUE. Nosotros habíamos tenido la paciencia de esperarle.

JORGE. Pues morderé con gusto alguna fruta.

AGUE. *(A ama Concha.)* Trae frutas, además.

CONCH. Se traerán. *(En voz baja, después de mirar alrededor con cándido interés.)* ¿Y Lolín?

AGUE. Ahora vendrá. ¿Tienes algo que decir?

CONCH. Puede.

AGUE. *(Con una mirada, volviéndole la espalda.)* Sírvenos. *(Sale Ama Concha contrariada y dándolo a entender.)*

JORGE. *(Levantando los ojos de la mesa y como evadiendo la conversación a solas.)* Este señor Salazar es muy simpático. La otra tarde estuvo a verme. Parece que le interesaban mis yeguadas. Entiende de todo.

AGUE. Le daría algún consejo

JORGE. Varios. Y atinados. ¿Es médico también?

AGUE. Apenas. Empezó la medicina hace algunos años. Data de entonces su amistad con papá. Porque Salazar, aunque por la edad no lo parezca, es principalmente, en esta casa, el amigo de mi padre.

JORGE. Me alegro. Yo, en un principio, le tomé por médico y le suponía ayudante del doctor.

AGUE. Su amigo y su oráculo. Si quiere usted algo del doctor, soborne a Salazar.

JORGE. ¿Concluyó la medicina?

AGUE. La colgó a los pocos años, y desde entonces hace estudios de filosofía moral.

JORGE. ¿Para?...

AGUE. Para saber.

JORGE. *(Sin comprender.)* Perfecto.

AGUE. Parece que es un timbre de la vieja cultura castellana. La raza es moralista. Hable usted de eso a Salazar. Los Santillana, los López de Ayala, los Manrique, los Hurtado de Mendoza, ¡qué sé yo!... Son sus maestros. Háblele usted, si le interesa.

JORGE. *(Con cierto candor.)* Me parece que yo no serviría para estudios de esta clase.

AGUE. *(Riendo de buena gana.)* ¡No, por Dios, Valtierra! Creo que usted no serviría. *(Se dirige a la mesa, cuyos libros y revistas va amontonando hasta dejarla libre para el desayuno.)*

JORGE. *(Siguiéndola con los ojos y con recelo ingenuo.)* ¿Es un mal?

AGUE. ¿Quién lo ha dicho?

JORGE. Parece que se riera usted, burlándose de mí.

AGUE. ¡Qué ocurrencia! *(Ha cogido en una brazada libros y revistas y los deja sobre un mueble más allá.)*

JORGE. ¿Y vive siempre con ustedes Salazar?

AGUE. *(Deteniéndose a medio camino con su carga y volviendo la cabeza con cierta malicia y coquetería.)* ¿Le interesa a usted mucho, mucho, averiguarlo?

JORGE. Si no es indiscreción...

AGUE. *(Sonriendo y continuando su camino.)* No; no lo es. Pasa los veranos en "Los Rosales" con nosotros, y los inviernos con su madre, que vive todavía.

JORGE. ¿En Madrid?

AGUE. En un pueblecito de Castilla, no recuerdo el nombre; perdóneme usted. *(Deja la carga y viniendo otra vez hacia Valtierra, pregunta:)* ¿Se ofrece más?

JORGE. *(Después de una pausa.)* Nada. *(Agueda se sienta al otro lado.)* Sí, Agueda. Quisiera que acabáramos de combinar nuestro programa. Me preocupa un poco.

AGUE. A usted le preocupa todo.

JORGE. Hace unos días, todo. Y en mí, es raro.

AGUE. Pues vaya usted diciendo. Sepamos qué torturas nos aguardan hoy.

JORGE. No le interesa a usted absolutamente nada nuestra jira; me lo estaba temiendo desde ayer.

AGUE. No sea usted niño. ¡Soñé con la jira! Me gustan los caballos más que a usted.

JORGE. ¿De verdad? ¿Es usted conocedora?...

AGUE. Nada. Por eso mismo disfruto más que usted. Admito las cualidades y rara vez aprecio los defectos. Me ha dicho Salazar que son una maravilla sus yeguadas.

JORGE. Sí, empiezan a estar bien. Ya en caballos de tiro pesado me parece qué estoy cerca de la perfección.

AGUE. ¿De la perfección?

JORGE. Gracias a un admirable *shire* inglés. Se me ocurrió cruzarlo con una yegua navarra más ligera y de buen esqueleto, para aumentar el peso... y ustedes verán los resultados. En altura exceden de dos manos a los percherones, y tienen mucho más estilo. Son bayos, castaños y negros. Obtendría caballos de silla con un poco de selección. Los percherones de tipo berga no dan jamás... *(Agueda no puede contener la risa.)* ¿De qué se ríe usted?

AGUE. ¡No entiendo una palabra!

JORGE. Perdóneme... Es mi culpa. La estoy aburriendo.

AGUE. *(Rápidamente.)* ¡No; eso no!

JORGE. Pues vamos al programa... ¡Me inquieta usted con su risita!

AGUE ¡Y yo que le agradezco tanto el poder dar suelta a mi risita!

JORGE. ¿De verdad?

AGUE. Las ocasiones de reír nunca abundaron en mi vida. ¡Así es que traigo atrasado un deseo de alegrarme y ser feliz!... Compréndalo usted. Mis enfermos no lo comprenderían.

JORGE. ¡Qué buena es usted!

AGUE. Eso no. Vivo entre enfermos y miserias, y me disgusta no poder reír...

JORGE. Eso indica que, si tuviera usted que hacer el mundo, suprimiría la enfermedad y la miseria.

AGUE. ¡Sí!

JORGE. ¿Ve usted? Yo lo hago, en mis yeguadas.

AGUE. ¿Cómo?

JORGE. Escojo los ejemplares sanos y perfectos.

AGUE. ¿Y los demás?

JORGE. Y los demás se sacrifican. Es la selección.

AGUE. Pues ya no me gusta.
JORGE. El resultado es óptimo.
AGUE. Pero yo pensaría en los sacrificados.
JORGE. Es usted difícil.
AGUE. Muy difícil. *(Transición.)* ¿Vamos al programa?
JORGE. *(Después de una pausa.)* Iremos andando hasta Fuenfría ¿Le parece bien? En Fuenfría, esperan mis hombres con el coche. Desde allí molestaría el sol. Llegamos a las diez o diez y media. Visitamos los locales...
AGUE. ¿Son muchos?
JORGE. Las cuadras... parecen un salón, no tema usted. Visitaremos la enfermería, las cocheras...
AGUE. En la enfermería me detengo un rato. Lo estoy viendo. Y ya no hay tiempo para más.
JORGE. ¿Es posible? Falta mucho.
AGUE. Estoy fatigadísima.
JORGE. Haga usted un esfuerzo.
AGUE. ¿Qué nos queda?
JORGE. Queda todo lo instalado al aire libre.
AGUE. Ya sé lo que haremos. Cállese. No entiende una palabra de combinar programas.
JORGE. Es que podemos prescindir de las cocheras para irnos a almorzar...
AGUE. Con la impresión de los pobres animalitos enfermos que acabamos de ver. ¡Gracias! Un día que puedo, quiero separar la clínica del comedor.
JORGE. Entonces...
AGUE. Entonces, destinamos media horita a las cocheras y ya está. Equipos, correajes, coches, sillas... Metales bruñidos, cueros limpios... Todo eso es confortable, suntuoso, esportivo. Se habla de jiras y paseos. Se evocan recuerdos y se abre extraordinariamente el apetito. ¡Tiembie usted!
JORGE. Yo estoy encantado.
AGUE. Almuerzo a las doce.
JORGE. En la terraza.
AGUE. Mesitas de café, en el parque. Una horita de

charla y dispersión, a voluntad. Y en cuanto ceda un poco la furia del sol, todo el programa de aire libre que usted ha dicho.

JORGE. Perfecto. Un día completo; digo, para mí.

AGUE. Para todos, creo yo.

JORGE. Temo que sea para ustedes un poco fatigoso.

AGUE. ¿Hay que andar mucho?

JORGE. Bastante.

AGUE. Yo no me canso nunca.

JORGE. Pero Lolín...

AGUE. *(Con una transición.)* ¡Ah, sí, Lolín! Es cierto, sí; Lolín. *(Hay un silencio embarazoso para los dos. Agueda lo rompe dirigiéndose a la puerta del fondo.)* ¡Y está tardando!

JORGE. No.

AGUE. *(Volviéndose a primer término con cierta ironía dulce)* Perdone usted. Haciendo el programa he pensado demasiado en mí. Se me olvidó que lo hacía para los demás.

JORGE. No, Agueda.

AGUE. Sí; pero no importa. Es mi costumbre. Desde pequeñita. Ya en la clínica debuté haciendo las listas. A las siete y media, termómetro. De siete a ocho, medicina, alimento, paseo, lectura. Y como le decía a usted, sólo me quejo de no poder poner algunas veces: "A tal hora, dos minutos para que la enfermera ría un poco." Es mi destino.

JORGE. Agueda..., yo quisiera...

AGUE. ¿Que hoy los dos minutos hubieran figurado en el programa? Pues, por lo visto, pido mucho y no ha podido ser. ¡Qué hemos de hacerle! Se agradece la intención.

JORGE. Agueda...

AGUE. ¿Decía usted?

JORGE. Es necesario que los dos hablemos.

AGUE. ¿No estamos hablando?

JORGE. De otras cosas... mucho rato. *(Por la pérgola avanzan Lolín y el doctor, precedidos de Salazar.)*

AGUE. *(Señalándoles.)* Pues va a ser difícil. ¡Otro día!

JORGE. *(Acercándose a ella, en voz baja y apremiante, con su energía sana de hombre de presa.)* ¡No; Agueda!... ¡Hoy! *(Entran los que llegan. A las palabras del doctor, Valtierra, dominando su emoción, sale al encuentro de todos. Agueda atraviesa la escena y viene a quedar al otro lado apoyados los brazos en el barandal de madera: mirando sin ver, ajena a lo que pasa, toda vibrante aún de la energía pasional que Jorge ha puesto en sus últimas palabras.)*

GASP. *(Entrando.)* ¿Tanto bueno en casa, señor de Valtierra?

JORGE. Mi querido doctor. ¿Se anima usted a acompañarnos? *(Lolín no le quita ojo. Tiene una carita de angustia, observando la actitud de Agueda.)* Lolín...

LOLIN. Jorge. *(Jorge, después de este saludo, y como si estuviera interesado en las palabras del doctor, sigue prestando atención a lo que dice éste.)*

GASP. Puede... Me va a ser difícil, porque los médicos no tenemos un minuto nuestro. Pero puede que sí. Le he tomado a usted un poco de miedo, señor de Valtierra.

JORGE. ¿Pues?

LOLIN. *(Muy apurada.)* Papá Gaspar...

GASP. *(Sonriendo con risita amable de viejo malicioso y bueno.)* Nada. *(Pausa.)* ¿Sabes, hija, que lo del hechizo era verdad?

AGUE. *(Con desencanto.)* ¿Sí?... Mejor.

GASP. ¿Qué tienes tú?

AGUE. Nada. *(A Ama Concha, que entra seguida de una doncella con el desayuno.)* ¿Trajeron frutas?

CONCH. Sí.

AGUE. Cuando ustedes gusten. *(Se aproxima a la mesa el doctor y Salazar; este último, sin decir palabra, se sienta a desayunar. El doctor sorbe en pie una taza de café. Agueda dispone frutas en un plato; quedan aparte Lolín y Jorge.)*

JORGE. *(A Lolín.)* Pues tiene usted mejor semblante que otros días.

LOLIN. Me siento fatigada; pero no lo diga usted.

JORGE. ¡Tan bien que estábamos ayer!

LOLIN. ¡Tengo un miedo de aguarles la fiesta!

JORGE. ¡No!

LOLIN. ¿Lo sentiría usted por mí, o por la fiesta?

JORGE. ¡Lolín!

LOLIN. Voy a servirle... si usted no tiene inconveniente.

JORGE. Se lo agradezco de antemano.

LOLIN. *(Acercandose a la mesa y empezando a servir.)* ¿Café, Jorge?

AGUE. No; el señor Valtierra quiere frutas; aquí están. *(Le ofrece el plato.)*

JORGE. *(Un poco turbado.)* Sí; pensaba tomar frutas. *(Toma el plato de manos de Agueda.)*

LOLIN. *(Defraudada y dolida.)* ¡Ah! *(Viene por el fondo Ama Concha con el sombrero y el estuche quirúrgico del doctor.)*

SALAZ. ¿Se va usted, doctor?

GASP. Sí; tengo mi plan. Cumplí con mis enfermos de mañana, y a las once tomo el rumbo a las yeguadas. Almorzaremos juntos, si usted dispone que me guarden sitio.

JORGE. ¡No faltaba más!

GASP Adiós, señores. Adiós, hija... Adiós, Lolín. *(Saliendo. Ama Concha sale a su vez por la lateral derecha.)*

JORGE. Y nosotros, ¿no nos preparamos? Ya va siendo tiempo.

AGUE. *(Animada; un poco excitada.)* Yo estoy en un vuelo. *(A Lolín.)* ¿Qué te pones?

LOLIN. No sé... veremos... ¿para qué?

AGUE. Para ir iguales.

LOLIN. *(Sonriendo con melancolía.)* No; ya no.

AGUE. *(Volando a la escalera.)* Como quieras. *(Mientras tanto, Salazar acabó el desayuno, dejó la mesa, sacó la petaca y ofreció un cigarro a Valtierra; sacó él otro y ahora los están prendiendo. Apenas desaparece Agueda, Jorge, co-*

mo si recobrara repentinamente su libertad enajenada, acude a Lolín.)

JORGE. Lolín, ¿de verdad se siente mal?

LOLIN. ¡Ay, sí, Jorge, sí! ¡Qué rabia tengo! *(Lolín se deja caer en una silla, desplomada. Jorge la toma las manos.)*

JORGE. ¡Tiene usted las manos frías!

SALAZ. ¿Qué sucede?

JORGE. Lolín que no está buena.

LOLIN. Buena, sí... ¡ya lo creo! Pocas veces me sentí tan fuerte. Hasta creo que estoy congestionada, como si toda mi sangre circulara más aprisa. ¡No se asuste usted, Jorge! *(Sonriendo.)* ¡Qué cara ha puesto! Ya pasará. Siento así como si me faltara un poco de aire. Pero va pasando.

JORGE. De todas maneras, no es posible que salgamos.

SALAZ. No debemos salir.

LOLIN. ¡Ay, sí, por Dios!... ¡Con toda mi alma se lo pido! ¡No, por mí no alteren nada!... ¡Qué iba a pensar Agueda! *(Se pone en pie con un esfuerzo: instintivamente se lleva las manos al corazón, como si le doliera.)* Ya ha pasado... ¿Ve? Ya está... Vuelvo en seguida. *(Trata de andar hacia la escalera, haciendo un esfuerzo.)*

SALAZ. No, Lolín.

LOLIN. ¡Sí, por Dios, Salazar!... ¡Ayúdeme usted, Salazar!... No quiero que Agueda se entere. Quiero que se haga todo como habían dispuesto... ¡Jorge!

JORGE. ¡Es usted antes que todo! Yo no quiero que usted sufra.

LOLIN. Ya no sufro. Se pasa pronto. Me ocurrió otras veces... Un poco de opresión, ¿verdad, Salazar?, y a las dos horas, descansando un poco, nada, ¿verdad?

SALAZ. Es imposible que usted salga.

LOLIN. No saldré. Me quedaré en mi cuarto, descansando un poco... y a las once, con papá Gaspar, iré a buscarles. Y Agueda no puede resentirse. Le diré que siento un poco de cansancio,

¿qué sé yo?... y ustedes dos me ayudarán, ¿verdad? *(Agueda, completo ya su traje para la excursión del día, aparece por la escalera.)*

AGUE. ¿Vamos? *(Viendo a Lolín.)* ¿Pero todavía estás así? *(Con una sospecha súbita.)* ¿Qué ocurre?

LOLIN. Nada: me quedé charlando y me entró un poquito de pereza. Vayan andando ustedes. Yo iré luego con papá Gaspar. ¡Como ya lo he visto todo!

AGUE. ¿No estás bien?

LOLIN. Mejor que nunca.

AGUE. ¿No sientes opresión? ¿Respiras con facilidad?

LOLIN. No tengo más que una pereza irresistible.

AGUE. Pues vendrás con mi padre. Está entendido.

SALAZ. *(Mirando a Agueda.)* Y además, yo me quedo para acompañarles.

AGUE. *(Sosteniendo la mirada.)* ¿Usted?... ¡Ah! Está bien.

JORGE. *(Dudoso.)* Entonces...

AGUE. *(Resuelta, creyendo que todo ha sido astucia de Salazar y mirándole siempre.)* Entonces podemos hacer una cosa. Nosotros, desde Fuenfría, les mandamos el coche para que vengan con más comodidad. *(Vuelta a Lolín y dándole con la mano en la mejilla.)* ¿Aceptado?

LOLIN. *(Con un esfuerzo por sonreir satisfecha.)* Aceptado. Adiós.

AGUE. Adiós. Andando, Jorge.

JORGE. ¡Andando! Hasta luego. *(Salen ambos Al pasar la puerta, Agueda coge el brazo de Jorge y desaparecen lentamente Hasta el final va todo con rapidez.)*

LOLIN. *(Viéndolos alejarse y vacilando.)* ¡Salazar!

SALAZ. ¿Qué le pasa?

LOLIN. No sé... ayúdeme usted a andar... donde no les vea... ¡Qué felices! ¡Qué felices! *(Se asfixia, apenas puede respirar, se lleva las manos al corazón y se deja caer en brazos de Salazar.)*

SALAZ. *(Con una voz inequívoca de alarma y de impe-*

rio.) ¡Agueda! ¡Agueda! *(Vuelven precipitadamente Agueda y Jorge alarmados.)*

AGUE. ¿Qué? ¿Qué ha sido?

SALAZ. El corazón... No sé... Yo entiendo poco...

AGUE. *(Cayendo a los pies de Lolín.)* ¡Lolín de mi vida!

LOLIN. *(Acariciándola con una mano.)* ¡Nada! ¡No es nada!

AGUE. *(A Salazar.)* ¡Llamen! ¡Gente! *(A Jorge.)* ¡Mi padre!... ¡Tráigalo usted!... Pronto, en seguida! *(Sale Jorge por el fondo. Entra Ama Concha y una doncella que acuden a la enferma.)*

CONCH. *(Ayudada de la doncella y llevándose a la enferma.)* Aquí mismo. En el cuarto bajo, poco a poco. *(A Agueda.)* ¡Hielo! *(Ama Concha, la enferma y la doncella salen por la lateral izquierda.)*

AGUE. ¡Salazar!

SALAZ. *(Grave pero con emoción.)* ¿Ve usted cómo hay duelos que son...?

AGUE. ¡Oh, no acabe! ¡No soy tan mala como usted supone! ¡Usted me odia! *(Sale. Salazar levanta los ojos al cielo y se lleva la mano a la frente.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Una tarde de agosto. Han transcurrido cerca de dos meses desde el primer acto.

(En escena Ama Concha, Agueda, Bias y un niño, hijo de éste, muchacho de once años a lo sumo. Agueda, en pie, acaba de vendar un brazo al muchachito. Agueda lleva su delantal blanco de enfermera y tiene a su lado una mesita de níquel y cristal, donde arde una lamparilla de alcohol y donde habrá algunas pinzas, dos o tres vendas de gasa y algodón hidrófilo,

rebosando de su estuche de metal. Blas, en pie, un poco agitado, asiste al final de la pequeña operación. Ama Concha sostiene el brazo del muchacho, llevando también su delantal blanco de clínica.)

AGUE. ¿Duele, ahora?

NIÑO. Mucho menos.

AGUE. Mañana no te acordarás siquiera. ¿Pero cómo ha sido, Blas?

BLAS. ¿Qué cómo ha sido, señorita? ¡Pues que son el demonio estos mocosos!

NIÑO. ¡No me vaya a regañar, que no tengo culpa!

BLAS. ¿Qué? Se le escapó de casa a su madre con otros arrastraos. Se fueron hasta la cantera, y yo no sé cómo, porque no hay quien les arranque una palabra, debieron meter fuego a un cartucho, que les ardió en las manos. Y ya lo vió la señorita: todo el brazo era una ampolla. Lástima de trapos. ¡Comértelos debías, comértelos, a ver si escarmentabas!

AGUE. *(A Ama Concha.)* Imperdibles, dos o tres... Vale más que sujetemos bien. Otro. Este no tiene punta.

BLAS. ¿Hay que pinchar más?

AGUE. Ya no.

BLAS. Porque si hay que pinchar, no me gusta miaja verlo. Me da así..., yo no sé qué.

AGUE. Ya está, valiente. No ha chistado.

CONCH. Y que todo se hizo bien. No pasará a mayores, Blas; ande tranquilo.

BLAS. ¡Menos mal! ¡Y aún dice críos!... ¡Potros, potros! ¡Denme potros, que tienen más juicio!

CONCH. *(Mientras Agueda apaga la lamparilla y recoge lo demás que habrá sobre la mesa.)* Pues anda que el de la coz, cuando llegamos...

BLAS. Es verdad... Pensé que lo pasaba mal. Y el señor doctor también. Pa el domingo hará dos meses justos. Pos ya ven. Ni casi que me acuerdo. Ello, al cabo, el mal era pa mí. Pero esto... *(Señalando a su hijo con cierta ruda ternura.)* es tiernecico y lechal que poca cosa lo malme-

te. Menos me habría escocido en el brazo que de verlo, me escoció en los ojos. ¡Críos, críos!... ¿Quién te manda irte a las piedras, pindonguero?

AGUE. Ya pasó; no será nada.

BLAS. Gracias a usted, señorita. Que el cielo se lo pague... Que le salgan bien todas las cosas que desea.

AGUE. Dios te escuche. *(Van a salir por el fondo; tropiezan con Jorge Valtierra, que llegaba corriendo, la raqueta en la mano, pantalón de franela blanco y zapatos de* sport.)

JORGE. ¿Nos tiene usted olvidados, Agueda? ¿Qué pasa?... ¿Eras tú, Blas?

BLAS. Yo en persona, don Jorge.

JORGE. ¿Otro accidente?

BLAS. Yo no; este condenao..., ¡y aún dice críos!

NIÑO. Yo no tengo culpa.

AGUE. ¡No le apuren más!

BLAS. *(Porque el chico levanta el brazo vendado para enjugarse las lágrimas.)* ¡Chist!..., ¿qué haces, arrastrao?... ¡Baja ese brazo! No te empuerques los trapicos que aún pueden servir; ¿verdad, señorita? Se devolverán, descuide usted, y el vellón blanco también. Lo lavará la dueña. ¡Anda, andando! *(Al salir.)* Buenas tardes.

JORGE. ¡Adiós, Blas!

AGUE. Y dentro de unos días, vuelve.

BLAS. *(Desapareciendo.)* ¡Muchas gracias, señorita!

JORGE. *(Que ha ido junto al mueble donde están su sombrero de paja, su bastón y un* kodak.*)* ¡Qué pedazo de pan es este bruto! *(Hay una breve* pausa. *Jorge descolgó el* kodak *y, sin advertirla, trata de retener la gentil silueta de Agueda, que se destaca a contra-luz sobre el fondo magnífico del parque.)* No se mueva usted.

AGUE. ¿Qué es eso? ¡Otra!...

JORGE. ¡Y mil!

AGUE. *(Tratando de quitarse el delantal de clínica.)* Espere usted.

JORGE. ¡No! Precisamente es por tenerla así.
AGUE. ¡Qué vergüenza!
JORGE. No se mueva usted. Ahora es mi prisionera en esta reja pequeñita; una deliciosa figura de enfermera, siglo XX. La hermana de la Caridad pasó a la historia... ¡romanticismo! ¡Un momento!
AGUE. *(Poniéndose rígida, un poco forzada.)* Corto.
JORGE. Ya.
AGUE. *(Entrando y quitándose el delantal.)* ¿Y qué tiene usted ahora más que antes?
JORGE. Una sombra.
AGUE. ¿No sería lo mismo un recuerdo?
JORGE. ¡Oh, no!
AGUE. ¡Claro! Se borra más pronto.
JORGE. ¿Por qué dice usted lo que no cree? Podría recordarla toda mi vida cómo la vi al entrar; ajetreando en la mesita, o acabando de vendarle el brazo al pequeñuelo, ceñido el delantal de clínica que se puso usted para atenderle. Pero aquí la conservo en un momento aparte, con el mismo delantal, es cierto; pero con una mirada, con un gesto, en una actitud y en una suspensión de su vida, que han sido únicamente para mí. ¿Ve usted la diferencia?
AGUE. Se está usted viciando.
JORGE. ¿Qué me dice?
AGUE. Tenía usted antes una ligereza de espíritu y una inconsciencia de la vida que, a su lado, descansaba.
JORGE. Es verdad. Yo mismo recuerdo que pasaba por la vida sin sentirlo. Como si me llevaran... ¿Y ahora?
AGUE. ¡Qué sé yo! Va adquiriendo la manía de relacionar las cosas, de buscarles un sentido.
JORGE. Es cierto... pero me pasa únicamente aquí.
AGUE. Consistirá en el sitio.
JORGE. O en usted.
AGUE. ¿Por qué?... Yo soy poco amiga de profundizar. A mí precisamente me gustaría tener alas para pasar por encima de las cosas, en un vue-

lo egoísta, tomando el sol para mí sola, y sin cuidarme de la sombra que proyectara sobre las vidas ajenas.

JORGE. ¡No es verdad!

AGUE. Tal vez no soy así. ¡Pero así debiera ser! ¡Lo demás es tan amargo! *(Mientras Jorge vuelve a dejar el "kodak" en su sitio, concluye.)* Vamos...

JORGE. Nos hemos puesto tristes.

AGUE. ¿Por qué vino usted a buscarme?

JORGE. La echábamos de menos. Salazar había preguntado por usted.

AGUE. *(Afectando indiferencia.)* ¿Y Lolín?

JORGE. Ella también. Vamos. *(Hace que va a salir.)*

AGUE. *(Deteniéndole todavía.)* ¿Cómo encuentra usted a Lolín, hace unos días, Jorge?

JORGE. *(Como respirando con satisfacción.)* Bien... ¡mejor que nunca!

AGUE. *(Rápidamente.)* ¿Verdad? *(Cambiando de tono.)* Mi padre no. Recela yo no sé por qué... *(Animándose.)* La veo más fuerte, más animosa, más alegre.

JORGE. Anda todos los días el camino de la ermita en menos de una hora, sin cansarse.

AGUE. ¿La acompaña usted?

JORGE. Lo explicaba ella misma hace un momento.

AGUE. Es otra, desde el accidente de aquella mañana.

JORGE. No fué grave.

AGUE. ¡Oh, no!... Tranquilícese usted. El corazón asusta siempre; pero en este caso no hay lesión. Curada su anemia, todo pasará.

JORGE. ¡Y en el campo!... ¿Pues cómo se explican los recelos del doctor?

AGUE. Yo no sé. Tal vez como un reproche a mí.

JORGE. ¿Por qué?

AGUE. ¡La risa! ¡Lo de siempre! Y acaso habrá que darle la razón. Muchos días pasa de los dos minutos.

JORGE. No.

AGUE. ¿Los ha contado usted?

JORGE. Yo no podría.

AGUE. ¿Por qué?

JORGE. Cuando usted ríe, lo olvido todo; hasta que pasa el tiempo. *(Hay una pausa. Están cerca de la puerta: de la enredadera florida entra en la habitación una rama; tiene en la punta una flor que arranca Jorge.)* Esta rosa...

AGUE. ¡No! *(Jorge tiene la flor en la mano.)* Ya no hay remedio. Y soy supersticiosa. Vea usted... *(Señalando la enredadera.)* No queda otra. Era la última de este verano.

JORGE. *(Dejándola en alguna parte.)* Entonces no quiero que sea para usted.

AGUE. Gracias.

JORGE. ¿Por qué no vino más pronto a "Los Rosales"?

AGUE. Es usted un buen amigo, Jorge. Yo procuraré conservar su amistad toda la vida... *(Tiende su mano a Jorge con esfuerzo.)*

JORGE. *(Apoderándose de la mano y atrayéndola.)* ¡Agueda!

AGUE. *(Queriendo retirarla; es tarde.)* ¡No, Jorge, por Dios! *(Jorge logra llevarla a sus labios: un beso furtivo.)* ¡Jorge!

JORGE. *(Con voz de quien quiere hacerse perdonar.)* El primero. Así no importa que no queden flores.

AGUE. ¡Quién sabe!

LOLIN. *(Su voz, desde lejos.)* ¡Agueda!

JORGE. *(Soltando rápidamente la mano y apartándose.)* ¡Lolín!

AGUE. *(Tranquila.)* ¿Ve usted? *(Sonríe dolida y apartándose de la puerta viene a primer término.)*

JORGE. *(Preocupado.)* ¿Qué diremos?

AGUE. *(Se ha sentado junto a la mesa y abre un libro.)* ¡Usted, lo que quiera! *(Lee. Llega por el fondo Lolín, que trae también su raqueta. En toda ella un cambio: exteriormente mayor aplomo y seguridad en voz y ademanes. La niña del acto anterior es ahora mujer: el dolor hizo esta obra. Tal vez su enfermedad ha dado un paso: pero únicamente un ojo expertísimo podría apreciarlo. Ahora una voluntad íntima, per-*

sistente, sostiene como un armazón su cuerpecito enfermo. Agueda no ha vuelto siquiera la cabeza; Jorge se quedó en el fondo, junto al mueblecito en que dejó la flor. Lolín mira a Jorge y a Agueda, antes de hablar.)

LOLIN. ¡Podíamos esperar! Debieron advertir ustedes que resolvían no seguir jugando.

JORGE. Yo iba ahora.

LOLIN. ¿Y Agueda? *(Una pausa; Agueda continúa leyendo sin responder.)* Ni me oye siquiera. *(Se llega a su lado y, acariciándola, dice:)* Agueda... ¿me ves, por lo menos?

AGUE. *(Levantando los ojos y sonriéndola.)* Todavía hay luz.

LOLIN. ¡Y tanta! Pues te advierto que hemos prescindido de ustedes, desde luego. Míster Castle ha sustituído a Jorge con ventaja, y a Salazar y a mí nos costó mucho resistirle.

AGUE. *(Distraída.)* ¡Estos ingleses!...

JORGE. ¿Dónde quedó míster Castle?

LOLIN. Se marchaba. Me encargó que le despidiera.

JORGE. No.

LOLIN. Dijo que hoy es día de mucho trajín en las yeguadas

JORGE. *(Afectando interés y contrariedad.)* Por eso mismo. No puede ser que se marche sin verme. ¿Daré todavía con él?

LOLIN. Es muy posible: quedó en el *Tennis*, con Salazar.

JORGE. *(Aprovechando la excusa para romper la situación violenta.)* Entonces... *(Se dirige al mueble del fondo para coger el sombrero, dispuesto a salir.)*

AGUE. *(Levantando los ojos del libro.)* Jorge... ¿aquella flor?

JORGE. *(Un poco turbado.)* ¿Dice usted?

AGUE. *(Sin inmutarse.)* Aquella flor... para cerrar el libro... ¿dónde quedó?

JORGE. *(Buscando.)* Aquí, me parece. *(Jorge viene del fondo y, sin palabras, entrega la flor de antes a Agueda, Jorge, dispuesto a marcharse, lleva*

el sombrero en la mano y pasó al hombro la correa del kodak.

AGUE. *(Cogiendo la flor, que coloca en el libro, y antes de volver a dejarlo.)* Gracias. Y le participo que ha trabajado en balde. Vuelva a soltar todos esos chirimbolos. Tomará el te con nosotros, a su hora. Yo no me despido de usted. *(Da media vuelta sin esperar la respuesta de Jorge y se dirige a la escalera.)*

JORGE. No puede ser hoy, Agueda; no puede ser. Ya he dicho a Lolín...

LOLIN. *(Con cierta gravedad en el tono, la voz un poco velada.)* Va usted por mal camino, si busca mi complicidad. Yo tampoco me despido.

JORGE. Pero hoy...

LOLIN. Hoy menos que nunca. Y no es por capricho. Yo doy mis razones. Voy a despedirme de usted por mucho tiempo. Para un año, tal vez.

AGUE. *(Con interés, volviendo atrás desde la escalera y al mismo tiempo que Jorge.)* ¿Qué?

JORGE. ¿Qué?

LOLIN. Y quién sabe... ¡pueden pasar tantas cosas en un año!

AGUE. ¿Pero nos vamos tan pronto?

LOLIN. Yo, mañana.

AGUE. ¿Tú?

LOLIN. Como todos los años, tía Constanza, la hermana de mamá, se empeña en que pasemos juntas este mes. Y como está delicada, y yo estos días me encuentro tan bien, me ha parecido justo complacerla.

AGUE. No me habías dicho nada.

LOLIN. Por no darte pena. *(Volviendo a Jorge.)* Pues me haría mal efecto que nos despidiéramos así, entre prisas, después de estos meses de amistad. ¿Quiere usted que lo dejemos para luego?

JORGE. Yo lo dejaría para nunca, si dependiera de mi voluntad.

LOLIN. Gracias, Jorge.

JORGE. Hasta luego.

SALAZ. *(Que llega; tropezando, en la puerta, con Jorge.)* ¿Se va usted, Valtierra?

JORGE. Volveré a las cinco.

SALAZ. Hasta después.

AGUE. ¡Salazar! ¿Sabía usted que Lolín se va mañana?

LOLIN. *(Respondiendo antes.)* Sí.

SALAZ. Desde hace unos días.

AGUE. *(Viendo que Lolín se acerca impasible a la escalera.)* ¿Adónde vas, Lolín?

LOLIN. ¡Tengo un desbarajuste en mi cuarto!... Libros, papeles, ropas, medicinas... Me asusto de lo que necesito para ir viviendo. ¡Qué vamos a hacerle! Llama, cuando vuelva Jorge. Me tienes arriba, empaquetando. Mañana salgo tempranito, amanecido apenas.

AGUE. ¿Quieres que te ayude?

LOLIN. *(Después de una pausa, volviendo a bajar la escalera.)* Quiero pedirte un favor.

AGUE. Cuenta con ello y di.

SALAZ. ¿Estorbo?

LOLIN. ¡Oh, no, Salazar! *(A Agueda.)* Quisiera que dejaras a ama Concha acompañarme, una semana. Me cuidará en el viaje, y no me encontraré tan extraña los primeros días en una casa desconocida. Ya ves qué egoísmo. ¿Concedido?

AGUE. Concedido. Y no vale la pena.

LOLIN. La pobre mujer ¡me ha querido tanto siempre! Gracias. Me dolía privarte de ella estos días. *(Saltando al cuello, un poco bruscamente.)* ¡Te lo agradezco mucho, mucho!

AGUE. ¡Lolín!

LOLIN. *(Soltándose bruscamente también y despidiéndose; ya en la escalera.)* ¡Adiós!

AGUE. *(Queda un momento al pie de la escalera, como siguiendo la huella en el aire de Lolín. Luego, sonriendo, se vuelve a mirar a Salazar.)* Está mejor.

SALAZ. Parece.

AGUE. [illegible] Subió la escalera

a saltos. Está en todo. Piensa en todo. Ella se cuida, ella ordena sus cosas, ella dispone de sus actos. No parece la misma.

SALAZ. No.

AGUE. *(Como queriendo convencerse a sí misma.)* ¡Qué alegría tengo!

SALAZ. ¿Sí?

AGUE. *(Agresiva.)* ¿Le contraría a usted?

SALAZ. ¿Por qué?

AGUE. ¡No hace tanto tiempo, en este mismo sitio, me anunciaba usted cosas tan horribles!... Pero yo no hago caso de advertencias ni de profecías. *(Se ha sentado en su sillón de siempre y mira de reojo a Salazar, con evidentes ganas de tentarle a que hable. Salazar parece empeñado en mantener su reserva.)* Me parecen una falta de sumisión a la voluntad divina.

SALAZ. ¿Sí?

AGUE. *(Con habilidad; sabiendo que está provocándole.)* Porque si todo en la vida quisiéramos preverlo con el consejo y la razón, ¿qué le dejaríamos a Dios?

SALAZ. La recompensa. ¿Le parece poco? De todos modos, ha dicho usted verdad. La vida la dispone Dios; pero no la de usted únicamente.

AGUE. Ya.

SALAZ. La de todos. En este caso la de Lolín y la de usted. *(Agueda, en su sillón, cogida la mano que Jorge ha besado, parece deliciosamente abstraída. Salazar se calla, después de pronunciar estas palabras, y ella dice:)*

AGUE. Continúe.

SALAZ. ¿Para qué?

AGUE. *(Abordando, de una vez, la situación.)* Por lo menos para demostrarme que sigo contando como una persona viva en esta casa. Desde hace unos días, me han dejado ustedes sola, abandonada. No veo en torno mío más que caras de consternación. ¿Quiere usted decirme lo que pasa? No contagio. Pueden seguir viviendo a mi lado los que han vivido siempre. No estoy

loca, no es perder el tiempo dirigirme la palabra; pueden ustedes hablarme todavía.

SALAZ. ¿Ustedes?

AGUE. Mi padre, Lolín, usted...

SALAZ. ¿Jorge, no?

AGUE. Jorge no me ha abandonado.

SALAZ. ¿Entonces?...

AGUE. Ni Lolín tampoco. Ya ve usted. Les da el ejemplo. No seré tan mala.

SALAZ. ¿Quién la acusa?

AGUE. Mi padre. Y no lo niegue usted, porque no me cabe duda. Parece que haya caído una maldición en "Los Rosales". Apenas para en casa. Y yo sé que no tiene enfermos en el pueblo. Pasea solo por esos hayedos y encinares. Me pone el ceño duro y está triste. Se le saltaron las lágrimas ayer, al despedirnos. Y yo tengo que hablarle y me da miedo. Salazar, si usted quisiera, ¡podría hacerme tanto bien!

SALAZ. ¿Yo?

AGUE. Papá ha tenido siempre en cuenta sus consejos, Salazar. *(Muy femenina; la voz acariciadora y mimosa, la mirada insinuante y dulce de la mujer que se propone ganar un auxiliar y en este caso un cómplice. Una pausa. Salazar, acercándose a la mesa, junto a la cual está sentada Agueda.)*

SALAZ. Dígame usted.

AGUE. *(Respirando, más segura ya.)* ¿Recuerda nuestra conversación de una mañana, en este mismo sitio? Desde entonces han pasado cosas.

SALAZ. Hablábamos aquel día de dos voces que sonaban en el fondo de su conciencia. ¿Ha callado alguna?

AGUE. No.

SALAZ. ¿Pues?...

AGUE. Una de ellas, grita.

SALAZ. ¿La más noble?

AGUE. En todo caso, la más fuerte.

SALAZ. *(Tomando precisamente el libro que Agueda leía.)* Ya. ¿Y usted la escucha?

AGUE. Todavía no. *(Salazar abrió el libro; cayó sobre la mesa la flor de antes. Agueda tiene un sobresalto y un pequeño grito.)*

SALAZ. *(Tomando la flor con intención.)* ¿De Lolín?

AGUE. Mía.

SALAZ. Entonces, la ha escuchado usted. Esto es un hecho. Realmente la voz debe ser fuerte.

AGUE. Y buena, Salazar. La misma Lolín me ha abrazado sin rencor. Ya ve usted. Yo he luchado cuanto he podido para resistirme. Pero esto es la felicidad, y no me quedan fuerzas.

SALAZ. *(Con una voz de angustia que no puede dominar.)* Agueda.

AGUE. ¿Tampoco aprueba usted?

SALAZ. *(Dueño de sí; un poco seco.)* Me dice que ha luchado. ¿Por qué, Agueda?

AGUE. Recordaba sus palabras de aquel día. Tenía miedo de hacer daño.

SALAZ. *(Pensando en sí mismo.)* ¡No!

AGUE. *(Rápidamente.)* ¿Verdad? Lolín parece revivir. La vida tiene estas sorpresas.

SALAZ. *(Triste, mirándola.)* Sí.

AGUE. Yo sé que el egoísmo no aconseja a nadie intervenir en estos casos Y su egoísmo me parecía razonable, Salazar. Tiene usted veneración por mi padre. Pero si usted no me ayuda... Yo tampoco tengo fuerzas para afrontarle. Callaré; seré infeliz.

SALAZ. ¡Oh, no!

AGUE. Hasta que Lolín olvide por completo, esperaré. Ya estoy hecha a ceñirme sobre el pecho el delantal liso de clínica. La costumbre hizo de él algo como un molde de mis sentimientos. Dejen ustedes únicamente que debajo de aquel lienzo palpite un corazón. Saldrán ganando mis enfermos. Pongo en mis cosas un fervor que no había puesto nunca. Como si ahora todas mis acciones fuesen una manera de amar.

SALAZ. Agueda, responda usted a mis preguntas y no las extrañe. Quiero estar seguro de sus sentimientos. Ha llevado usted una vida especial. Al

lado de su padre, en la austeridad de la clínica, en Madrid, sin otro atisbo del mundo que sus dolores y sus enfermedades, sin otra amistad que la mía, bien poco halagüeña y a veces agresiva; estaba usted poco preparada para la vida sentimental.

AGUE. Precisamente por eso la invasión ha sido rápida y no ha dejado nada en pie. Como si en un momento millares de partículas de mi ser, que estaban muertas o dormidas, se pusieran a vibrar, todas a la vez, ¡con un ansia, con unas ganas de recuperar el tiempo perdido, con una alegría de vivir!

SALAZ. Todo esto ha sido demasiado brusco y habla usted de ello con extraña exaltación. Puede ser la pasión misma y puede ser..., abre usted los ojos a esta vida..., una alucinación de los sentidos. Entonces se expondría a dar un paso en falso, y sería horrible para usted. Piénselo bien.

AGUE. Lo he pensado. Lo he *sentido,* sobre todo. Estoy segura.

SALAZ. El sentimiento es siempre oscuro. Lo ha sentido, pero lo ha pensado además. *(Agueda, con la cabeza, asiente.)* Entonces ha llegado el momento de pronunciar un nombre. Porque no lo hemos pronunciado todavía. *(Deslizando las palabras, lentamente; apoyando en ellas con una especie de voluptuosidad.)* ¿Quiere usted, con toda su alma, para la vida y para la muerte, a Jorge Valtierra?

AGUE. *(Una pausa que da al momento cierta solemnidad.)* Sí.

SALAZ. Perdone usted la descortesía de este apremio. Pero de una vez he querido saberlo para siempre. Usted y yo no volveremos a hablar de esto nunca más. Se lo suplico.

AGUE. Lo temía. Tampoco aprueba usted. Me dejan sola.

SALAZ. No; sola, no. Pero no hablemos.

AGUE. *(Con acento de suprema angustia.)* ¿Y si necesito que me apoyen, Salazar?

SALAZ. Jorge Valtierra y usted me tienen a su lado.

AGUE. *(Efusiva.)* Gracias. Puede usted hacer el bien a los demás. Es usted feliz.

SALAZ. No hablemos de mí. *(Se acerca a ella.)* Sí; hablemos, de una vez. *(Cogiendo una mano de Agueda y acariciándola amistosamente, dueño de sí.)* Amiga mía, si no hubiese de tomarlo como un consejo, usted que los detesta, yo le diría el secreto de... de mi felicidad.

AGUE. ¿Lo sabe usted?

SALAZ. Sí; y es éste: "La felicidad consiste en no tener miedo... a sufrir siempre."

AGUE. Pues yo empiezo a sufrir, algunas veces.

SALAZ. Quiere decir que empieza usted a ser feliz. Adiós, Agueda. *(Se separan, y Salazar se dirige a su cuarto. Por la puertecita del fondo entra el doctor: antes de volverse a cerrarla llama a Salazar.)*

GASP. ¡Salazar! *(Este se detiene.)*

AGUE. *(A Salazar, mientras el doctor deja sobre la mesita de su despacho el sombrero y estuche quirúrgico.)* ¡Papá!... ¡quédese usted! *(Salazar, después de una vacilación, queda en escena.)*

GASP. *(Golpeando el hombro a Salazar.)* Andas perdido, Séneca; no te veo nunca. ¡Dichosos mis ojos que al cabo dan contigo!

SALAZ. ¡Vieja táctica! Ataca usted, para que no le ataquen. Es usted el que se pierde. Tengo el gusto de ofrecerle este rincón de "Los Rosales" donde la vida no es tan insoportable. Aquí no nos comemos a los médicos gruñones, y hay siempre amigos dispuestos a llevarles la contraria en todas las cuestiones metafísicas.

GASP. *(Con nostalgia dolorosa.)* Ya. Tienes razón. No paro nunca en casa. ¡Yo, que me encontraba tan bien en "Los Rosales"! No sé, no sé; me vuelvo huraño. ¿Te has comido muchos libros desde ayer?

SALAZ. Pocos, pocos. Apenas unas líneas. No hago nada.

GASP. *(Entrando; a su hija: sin abrazarla, y todo el*

resto como evitando mirarla a la cara.) ¿Y tú, enfermera? Ya me han dicho que me sustituyes con ventaja.

AGUE. ¡Oh, no, por Dios!

GASP. Bien, bien, y haz siempre así. Me lo han dicho en el pueblo. El chico de Blas, ¿verdad?

AGUE. Sí.

GASP. ¿La ayudaste, Salazar?

AGUE. Me ayudó ama Concha.

GASP. *(Después de una pausa.)* ¿Y Lolín?

AGUE. Arriba.

GASP. ¿En su cuarto?

SALAZ. Sí, en su cuarto.

GASP. Y Jorge en el pueblo. Acabo de verle. No les entiendo.

SALAZ. Valtierra viene luego. Tomará el te con nosotros. Le invitaron Agueda y Lolín.

GASP. Bien; menos mal.

SALAZ. Y ha estado en "Los Rosales" hasta ahora.

GASP. Ya. *(Sus miradas, involuntariamente, van hacia la escalera. Hay una pausa. El doctor, encarándose con Salazar, pregunta:)* ¿Habló de su viaje?

SALAZ. ¿Quién?

GASP. Lolín.

SALAZ. Sí; me estuvo hablando hace un momento.

GASP. Pero ¿por qué? ¿Qué pasa? *(Salazar va a contestar. Agueda se ha deslizado hacia el fondo, junto a la lateral del segundo término, por donde se dispone a salir. Bruscamente el doctor, que lo observa, dice:)* ¡Hija mía!

AGUE. *(Con sobresalto.)* Papá.

GASP. ¿Llevas prisa?

AGUE. Iba a cuidar de que dispusieran el te en la terraza, como ayer; gustó a todos el sitio.

GASP. ¿Quieres que hablemos antes sin rodeos? Hace días que en casa nos cuidamos de todo, menos de lo que importa cuidar más.

AGUE. Papá.

SALAZ. Doctor.

GASP. Ya está dicho. Si en vez de salir por esa puer-

ta, te hubieras dirigido de este lado a acompañar a los que sufren y están solos, yo no habría dicho una palabra. ¿Me entiendes un poco? Vete, ahora.

AGUE. Sí, papá. *(Agueda tiene un momento de vacilación. Salazar ha llegado a la puerta de segundo término derecha, la ha abierto y dice ahora:)*

SALAZ. Agueda. *(El simple gesto de Salazar y el nombre pronunciado por él bastan para apoyar la resolución de Agueda, que, sintiéndose amparada, sale por la lateral derecha, como había iniciado. El doctor, cruzándose de brazos y desconcertado, se encara con su amigo.)*

GASP. ¿De modo que indirectamente, pero en mis propias barbas, te atreves a fomentar la insurrección en casa? ¿Qué moral del diablo es ésa, maestrillo?

SALAZ. La moral de usted, maestro. Acompañar a los que sufren y están solos. ¿No fueron estas mismas sus palabras?

GASP. Mira, no embrollemos la cuestión desde el principio. Sepamos antes cómo y de qué hablamos.

SALAZ. Ese es el método de Sócrates.

GASP. No me he de callar por eso. Tú puedes darme lecciones de filosofía y de moral, así, en palabras. Pero a hacer el bien a secas, sin que necesite razones para hacerlo y contra mis propios sentimientos, si es preciso, no me gana nadie. ¿Está entendido? Pues bien: *(Señalando hacia la escalera.)* Esa criatura se nos muere, irremisiblemente.

SALAZ. ¡Doctor!

GASP. ¡Irremisiblemente! ¿Comprendes lo que esto significa para mí? ¡La labor de diez años! ¡Y una labor en vivo, palpitante, con una boca que sonríe, con un corazoncillo que agradece! ¡Criatura!

SALAZ. Cálmese, doctor.

GASP. Tú sabes que nunca pequé de vanidad. Recompensas de Academias y Congresos, dignidades y consultas..., ¡bah! ¿qué es todo? Pero cuan-

do ella me llamaba candorosamente "papá Gaspar", ¡pa-pá Gas-par!, sí que me sentía orgulloso. ¡Esto era un premio! ¡Y esto se acaba! ¡Compadéceme, maestrillo!

SALAZ. Sí, doctor. Se deja usted llevar del corazón; le compadezco.

GASP. Ya estoy viejo. Casi agotados todos los estímulos, me quedaba una ilusión. Tengo una hija de mi amor; tuve otra hija de mi ciencia; yo esperaba morirme, besando sus manos unidas, con un mismo beso, y esto no será. ¿Qué pasa aquí?

SALAZ. Doctor Ayezcua, cuando le llega a usted al corazón, usted sabrá qué pasa. Yo soy quien pregunta.

GASP. Basta. Acércate. No quiero que nos oigan. Hago historia. *(Se acomodan. La confidencia empieza en voz baja. Ambos interlocutores, en la discusión que sobreviene, irán luego alzando el tono, hasta acabar casi gritando.)* Momentos antes de llegar a esta casa Valtierra, la mañana misma del accidente, ¿recuerdas?, Lolín me había confesado la verdad. Yo lo presumía..., ¡y estaba tan contento! Había sido una inclinación espontánea; la naturaleza intervino solamente. Ella y Valtierra se querían. Un idilio. Pero, al mismo tiempo, un síntoma. Para mí, principalmente, un síntoma. La anemia de Lolín cedía, al cabo. Aquel organismo clorótico, endeble, abierto a la invasión de todos los gérmenes enemigos de la vida, hacía crisis; reaccionaba; regía de un modo natural, perfecto. Florecía: luego había savia. Lolín se salvaba.

SALAZ. Se salvaba.

GASP. ¡Y cómo! El remedio estaba a nuestro alcance, y yo sólo tenía deseos de precipitarlo. Nada de enfermizo en su cariño; la unión posible, la vida sana, en el campo, al aire libre, y la maternidad futura, aportando, a su tiempo, la curación definitiva. ¿Comprendes mi alegría?

SALAZ. Sí, doctor.

GASP. Pues aquí acaba. El idilio no ha tenido otro capítulo. Si la inclinación de Jorge ha sido pasajera, para Lolín será mortal. La anemia reaparece. Si los ataques repiten—y en su situación de espíritu es probable—, el corazón no podrá más. Vendrán la lesión y la muerte, a breve plazo. Días, meses a lo sumo. Pues bien; en estas circunstancias, sentir la amenaza y no conocer remedio es un dolor; conocer el remedio y no aplicarlo ¡un crimen!

SALAZ. ¡Doctor!

GASP. ¡Un crimen!

SALAZ. En primer lugar podría usted equivocarse. Lolín parece más animosa, más fuerte, más alegre, de unos días a esta parte. Mejora.

GASP. Es falso. Lo que hay, es una terca voluntad de sacrificio, que reanima ese organismo y le da una apariencia de salud.

SALAZ. Pero ella misma afirma a todas horas que se siente bien.

GASP. Miente.

SALAZ. ¿Y el color en las mejillas, en los labios?

GASP. ¡Fiebre! Y tú lo sabes como yo. Salta a los ojos. Es inútil que pretendas afirmar lo que no crees. El problema es el que yo te he planteado: ¿intervengo, para remediar las cosas como pueda, o me cruzo de brazos, delante de la amenaza irremediable?

SALAZ. ¿Puede usted intervenir?

GASP. ¡A no dudarlo!

SALAZ. ¿Con qué derecho?

GASP. ¡Cuarenta años de lucha con la muerte, sin un minuto de sosiego y diez años de arrancar de sus garras a esa criatura, me lo dan!

SALAZ. ¿Se trata de ella nada más?

GASP. Un rayo de esperanza; una palabra de Jorge, una sonrisa, ya ves que esto es fácil, y conjuramos el peligro. Lo demás se hará después.

SALAZ. Entonces se trata de Jorge.

GASP. Tampoco.

SALAZ. ¿No?

GASP. Se trata de Agueda.
SALAZ. ¿De Agueda?
GASP. Sí; de ella. Y no lo niegues. No la acuso... ¡hija mía!, ella no sabe el mal que causa. Pero yo hablaré.
SALAZ. ¡Usted no hablará!
GASP. ¡Maestrillo!
SALAZ. ¡Maestro, si usted quiere!
GASP. Soy su padre.
SALAZ. Dios es Dios, y con todo su poder no llega a tanto. Nos da un alma libre de hacer el bien o el mal, y no interviene hasta después.
GASP. ¿Pero no te he dicho, Salazar, no sabes tú, que donde veo un peligro, cuarenta años de mi vida me están forzando a intervenir?
SALAZ. En este caso, no.
GASP. ¿Por qué? ¿No das razones?
SALAZ. Una basta. Si su hija de usted se le muriese, doctor; si fuera necesario, Dios no lo permita, proceder con el bisturí sobre su cuerpo enfermo, abrir aquella carne de su carne para extirpar el mal... imagine usted el mayor peligro y la más perentoria urgencia de remedio...
GASP. Sí, te sigo.
SALAZ. Y dígame con lealtad: ¿procedería usted de su persona, con su mano fofa, temblorosa, torpe, inútil de emoción, o buscaría la mano hábil, segura, mecánica, fría, de un buen compañero?
GASP. ¡No te respondo! Pero además la mano fría en este caso...
SALAZ. ¡El Destino!, que es más frío, doctor, ¡que es implacable!
GASP. ¡Y ciego! Le recuso. ¿Qué tienes hoy? ¡No te conozco, Salazar! *(Ambos se miran. Salazar inclina la cabeza. Tiene el doctor una sospecha, que deja transparentar en sus palabras, y con un tono de infinita y tierna piedad, prosigue.)* Si te conozco. ¿Qué me importa tu silencio de estos años? Te conozco. Pero no haces bien callando.
SALAZ. ¡Doctor!

GASP. ¡No, no haces bien! ¡Esta vez tu causa y la mía van unidas!

SALAZ. ¡La de Agueda, no!

GASP. ¡Quién sabe! ¡Yo, que te abriría mis brazos con toda mi alma!

SALAZ. ¡Si yo me acordara de mis sentimientos para caer en ellos, cometería una infamia!

GASP. ¡Pues bien, déjame solo!

SALAZ. ¡No, doctor!

GASP. ¿Me das la razón y te decides a ayudarme?

SALAZ. No tiene usted razón y quiero convencerle.

GASP. ¿Convencerme? Se trata de la vida, para esa criatura.

SALAZ. Se trata de la felicidad para su hija.

GASP. Yo sé que no es Valtierra su felicidad. Ella le ciega, le arrastra, le domina físicamente, si tú quieres; pero Valtierra, en el fondo, quiere a Lolín. Esto es humano.

SALAZ. En cuanto a Jorge; en cuanto a ella...

GASP. Una pasión de dos meses no puede ser profunda.

SALAZ. No se miden las pasiones por su profundidad, sino por su violencia, doctor: son una fuerza.

GASP. Que otra fuerza puede contrastar.

SALAZ. Si se hace responsable de los resultados, sí.

GASP. Perfectamente. Yo me hago responsable. Hasta aquí lo he sido siempre. Entre dos peligros igualmente grandes acudiría siempre, ¡siempre!, sin distinción de propios ni de extraños, al más inmediato. Pues bien: en este caso, el más inmediato está ahí. *(Señala, hacia la escalera, el cuarto de Lolín.)*

SALAZ. ¿Por qué?

GASP. Porque ésa tiene la muerte sobre el corazón.

SALAZ. Y Agueda, al alcance de la mano: hasta el corazón tarda un segundo.

GASP. Pero, entonces, ¿está ciega?

SALAZ. Lo estará. Dígale usted que su felicidad es imposible, que hay circunstancias en que el amor es cuestión de vida o muerte, y una criatura apasionada y voluntaria no necesita más.

GASP. Entonces...

SALAZ. Quiere usted salvar un corazón. Está en su derecho. ¿No le da su ciencia nombres de alcaloides y drogas para el caso?

GASP. ¡Vanidad!

SALAZ. ¿Necesita forzar un alma? ¿Para la especie de transfusión de felicidad que usted soñaba, tiene que ejercer coacción sobre los sentimientos de su hija? No puede usted. No es medicina. Ignora adónde va; la anatomía de las almas es un secreto de Dios; no puede usted hacerse responsable de lo que resulte. O si puede, la operación, doctor Ayezcua, es bien sencilla: llame a su hija, gane usted la confianza de su alma, escuche de sus labios la confesión ingenua de su amor violento y vivo, como todo en ella, y obliguela usted. *(Hay una pausa. Salazar acaba de ganar la partida por completo. El doctor, deshecho y abrumado de indecisiones y dolor, se deja caer en el sillón.)*

GASP. ¡No; no puedo! Pero entonces... *(Casi sollozando, los codos sobre la mesa y la cabeza hundida entre las manos.)* ¡Hija mía!

SALAZ. *(Acercándose, muy conmovido.)* Doctor...

GASP ¡Maestrillo! Si te proponías apretarme el corazón entre tus manos hasta exprimir de él todo heroísmo, hasta dejarle hecho una piltrafa de apocamiento y cobardía, lo has logrado. Pero entonces, Salazar, para esa criatura no hay remedio.

SALAZ. Nadie sabe...

GASP. Sí lo sé... es la muerte...

SALAZ. Doctor.

GASP. Se muere, yo lo veo, lo acepto. ¿Quieres que lo acepte, Salazar? ¡Pues es un crimen!

SALAZ. ¡Dios dirá!

GASP. ¡Es un crimen, es un crimen! *(Agueda, entrando, se detiene sobrecogida al oír las últimas palabras; en un arranque brusco se abraza al doctor, cerrándole la boca.)*

AGUE. ¡No, papá, por Dios! ¡No digas eso!

SALAZ. ¡Agueda! *(Queriendo contenerla.)*
GASP. ¡Hija!
AGUE. ¡Papá!
GASP. ¿Por qué no hablabas? A su tiempo, el remedio era posible. Dí, ¿por qué no hablabas?
AGUE. Perdóname, y ella también, que me perdone. ¡Díselo!
GASP. ¡No! No diré nada.
AGUE. ¡Tráemela! Quiere marcharse. Y ya ves, lejos de ti, se moriría, ¿verdad? Yo no sabía... y ahora sí... ¡tráemela!... Quiero decirle...
GASP. ¡Cálmate!
AGUE. Para que no conozca... Sí... ya estoy... *(Obedeciendo a una instancia irresistible de su hija, que sin palabras reclama a Lolín, sale el doctor por la escalera.)*
SALAZ. Agueda... Piense usted... Su felicidad es un derecho que nadie puede disputarle. Pero lo he dicho ya: Jorge y usted me tienen a su lado.
AGUE. Gracias, Salazar. Haré lo que pueda. *(Entra por el fondo Jorge Valtierra. Ella, con un grito:)* ¡Jorge!
JORGE. *(Al verla tan emocionada y descompuesta.)* Agueda, ¿qué pasa? Por Dios, hábleme usted... ¿Qué ocurre? ¡Diga!
AGUE. *(Deja una pausa. Tiene los ojos fijos, con un embeleso casi extático, en los ojos de Jorge; mostrándole pasionalmente la flor en la mano, dice:)* La última... ¿ve usted? *(Jorge inclina la cabeza.)* Jorge... antes, al ofrecérmela, ¿lo hizo usted con toda su alma?
JORGE. Sí; antes sí.
AGUE. *(Sobreponiéndose a la situación desde este instante.)* Basta, gracias. Señor Valtierra, ¿sabe usted que el doctor Ayezcua tiene la triste fama de equivocarse rara vez en sus sentencias?
JORGE. Sí.
AGUE. Pues el doctor Ayezcua opina que si Lolín se va mañana, renunciando para siempre a... a "Los Rosales", morirá. Y usted no quiere que se muera, ¿verdad?

JORGE. *(Solemnemente, después de una pausa, pasando con su lealtad sobre la violencia del momento.)* No.

AGUE. *(Para ahogar su propia emoción, gritando:)* ¡Papá!... ¡Lolín! *(Y ahora secamente.)* Jorge, tiene usted la obligación de lograr absolutamente de Lolín que no se marche. Se lo debe usted a ella.

JORGE. Agueda...

AGUE. Y me lo debe usted a mí. ¡Papá! ¡Lolín! *(Como aparecen ambos en la escalera, con un arranque irresistible, corre Agueda a su encuentro. El doctor, detrás de Lolín, se lleva la mano al corazón, imponiendo la calma a su hija.)* ¡Lolín!

LOLIN. ¿Qué os pasa? ¡Parecéis todos conmovidos!

AGUE. ¡No que no! Y se extraña, después que dió el disgusto. Ibas a marcharte para siempre, ingrata. *(Lolín quiere protestar.)* Sí; no lo niegues, yo lo sé. Pues bien, ya no te vas.

LOLIN. ¿Qué?

AGUE. Ya no te vas, estoy segura.

LOLIN. Ya no me voy. ¿Por qué?

AGUE. Dile, papá... No, Jorge, dígale usted por qué no se va.

LOLIN. *(Incapaz de dominarse.)* ¿Jorge?

AGUE. ¡Sí, sí, vé y sé feliz. Sed felices! *(Ella acompaña a Lolín al lado de Jorge. Los dos, con Papá Gaspar forman hacia el fondo. Agueda siente un sollozo que oprime su pecho. Al volverse, ve a Salazar.)* ¿Está bien, Salazar?

SALAZ. Está bien, Agueda. *(La infeliz se deja caer sin fuerzas, sollozando. Acude a su lado Salazar.)*

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración. Acaba septiembre. Un día gris, casi invernal. Sobre la mesa, el servicio del desayuno, que va retirando una doncella, a la que luego Ama Concha ayudará.

(Junto a la puerta del fondo, don Gaspar, que aguarda una respuesta de Ama Concha. Esta ha abierto la puerta del cuarto de Salazar, y después de mirar adentro, dice:)

CONCH. No, doctor; no ha vuelto. Aquí no hay nadie.

GASP. Estará en el pueblo todavía.

CONCH Despidiéndose estará. Se marcha hoy mismo.

GASP. Esta tarde. ¡Qué terco es Salazar!

CONCH. Pensé que cambiaría de propósito, en vista de lo que decidieron ustedes hace poco.

GASP. Yo no he decidido nada.

CONCH. Bien. Agueda. Como todos los años se van ustedes juntos, no le costaba tanto retardar el viaje hasta mañana.

GASP. Pues ni quiere ni puede retardarlo... ¿Te parece mal? *(En este momento salió la doncella por la lateral derecha de segundo término para no volver. Ama Concha se queda, acabando de ordenar la mesa y la conversación con el doctor se hace más íntima.)*

CONCH. *(Con sorna.)* Yo diría que es usted el descontento.

GASP. Lo que me irrita es que el último día, justamente, se pase la mañana fuera. Y es el tiempo el que le retiene allá. *(Observando por los cristales de la mampara.)* Ya no sale el sol.

CONCH. *(Que acabó de disponer la mesa.)* Tal vez, a mediodía, aclarará. Pero este septiembre anda loco.

GASP. Sí.

CONCH. Parece invierno... ¿Avivo el fuego?

GASP. Creo que no estorbará. *(Ama Concha se dirige a la chimenea, cuyas brasas procura avivar durante el diálogo.)*

CONCH. Vea usted si tuvo mi Agueda razón, disponiendo las cosas como las dispuso.

GASP. Pero un viaje no se decide así, de buenas a primeras, como acabamos de decidir el nuestro, tomando el desayuno.

CONCH. No más tarde que anteayer me dijo usted que debieran salir hoy, con Salazar...

GASP. Era un decir. No corre tanta prisa.

CONCH. ¿No?... Hace un año, tal día como hoy mismo, llegábamos a Madrid, de vuelta de "Los Rosales". Conque ya ve usted.

GASP. Hace un año las circunstancias eran otras. Este año había que pensar en todo y darle tiempo al tiempo.

CONCH. Pues, hijo, hablar antes. Pero como nos hemos pasado cerca de dos semanas sin chistar; que en esta casa todos parecíamos trapenses, claro, aunque esta mañana parece que se ha roto el hielo, todo se nos queda por decir.

GASP. Yo necesito despedirme de mis enfermos en el pueblo.

CONCH. ¿Por qué no va usted?

GASP. ¿Y Lolín? Dentro de poco tendré que acompañarla a su paseo de todas las mañanas...

CONCH. *(Por la lumbre, que ha prendido en este momento.)* ¡Ya está! *(Al doctor, que se queda parado mirando la llama sin decir palabra.)* ¿Saco el gabán?

GASP. ¿Para qué?

CONCH. Para ese paseíto de todas las mañanas, si quiere usted, doctor. Ni el tiempo ni sus años, están para lucir el cuerpo, a estas alturas.

GASP. *(Malhumorado, sentándose junto al fuego y calentándose las manos a la lumbre.)* No necesito gabán, a las nueve de la mañana y en septiembre.

CONCH. Lo necesitará usted mañana, a punta de lía, cuando pase el puerto tiritando, como todos los años. Porque salen ustedes a las seis, señor doctor.

GASP. Veremos.

CONCH. ¿Qué hago?
GASP. Lo que quieras.
CONCH. Sacaré el gabán. *(Aparece en la escalera Agueda con unos libros en la mano. Un sello de melancolía en toda su figura; un poco pálida. La voz como muerta y desengañada.)*
AGUE. Estos libros, ama; en mi maleta también. *(Ama Concha coge los libros.)* ¿Está hecha?
CONCH. Casi.
AGUE. ¿Y lo demás?...
CONCH. A punto. Podíais salir esta tarde, si tanto empeño tienes.
AGUE. ¡Ojalá! *(Ama Concha, con los libros, se dirige hacia la mesa central, donde habrá desparramadas unas matas de espliego.)*
CONCH. No..., no podrías, ahora que recuerdo. Faltan los manojitos de espliego, como todos los años.
AGUE. ¡Sí que es un obstáculo!...
CONCH. *(Un poco agraviada.)* Ningún año has querido marcharte sin tu espliego para la ropa blanca. Conque...
AGUE. *(Sin ganas de hablar.)* Bien, ama; es igual. *(Se ha recostado en el sillón, las manos sobre los brazos de éste, la cabeza contra el respaldo y la mirada ardorosamente fija en el vacío. Ama Concha y el doctor la consideran con la misma pena. Ama Concha se vuelve a mirar al doctor.)*
GASP. ¿Y mi gabán?
CONCH. Ahora lo traigo.
GASP. Sí. *(Ama Concha sale por la lateral derecha segundo término El doctor y Agueda siguen callados un instante. Don Gaspar, lentamente, se acerca a su hija, la acaricia con devoción, pasando su mano por la cabeza, y dice:)* ¡Hija!
AGUE. *(Con un pequeño sobresalto al oír la voz, como volviendo de un ensueño.)* Papá...
GASP. ¿Qué tienes?
AGUE. *(Le mira un instante fijamente a los ojos antes de contestar; luego, sonriendo con tristeza profunda:)* Nada. *(El doctor no insiste. Vuelve a alejarse; da algún paseo, se acerca a la puerta*

del fondo, mira un instante afuera y resume la infinita melancolía de su breve contemplación, diciendo:)

GASP. ¡Qué día!

AGUE. ¿Vas a salir, papá?

GASP. Sí.

AGUE. ¿Porque yo he venido? ¿Te da pena verme así? ¿También a ti te estorbo?

GASP. *(Con toda su alma, acudiendo.)* ¡Agueda!

AGUE. ¿Y no queréis que tenga ganas de marcharme? ¡Sí, cuanto antes, cuanto antes! ¡Mañana, hoy. si da tiempo! ¡Hoy mismo!... ¡Por favor!... ¡No puedo más!

GASP. Si te decides a hablar como Dios manda y tienes confianza en mí—puedes tenerla—, vamos a ir despacio; hablemos. Y en primer lugar, ingratitudes no..., palabras injustas, duras, que aquí no merece nadie, que yo no merezco, tampoco.

AGUE. ¿Palabras injustas?

GASP. Y duras, sí. Las has dicho hace un momento. Contéstame: ¿Cuándo y a quién estorbas tú?

AGUE. ¡Siempre y a todos! Desde hace unos días, sí, papá: ¡siempre y a todos! Bien a mi pesar, bien sin querer, pero lo veo. No lo niegues; tú lo sabes, ¡y es natural!

GASP. ¡Pues yo lo niego!

AGUE. Dado el primer paso, fué un error seguir aquí. ¿No se ha cumplido un deber? ¿Pues ya, qué aguardamos? No era mi felicidad lo que íbamos buscando.

GASP. ¿Y te arrepientes?

AGUE. ¡Al revés! Me gusta haberlo hecho. Como si de todos modos fuera un descanso este dolor. Pasó ya todo... para mí. Al principio creí que moriría. Tampoco. Sigo viviendo. Pero dejadme salir de aquí. Yo creo que son los demás los que no me dejan olvidar, los que recuerdan demasiado... y me hacen daño.

GASP. ¡Agueda!

AGUE. ¡Sí, papá! Y eso, a pesar de los esfuerzos de Lo-

lín, de la discreción de Jorge..., de tus idas y venidas conciliadoras, acompañando mi soledad y escondiéndome sus entrevistas. No. ¿Por qué, papá? Todo esto es falso, pueril, odioso. Marchémonos de aquí. ¡Se me cae la casa encima!

GASP. ¡Es que te engañas!

AGUE. Papá, escucha... Callé tantos días que ya no puedo más. Si las cosas han seguido su curso natural, ¿por qué ocultarlo? Jorge viene a "Los Rosales" todas las mañanas; no le he visto nunca. ¿Por qué? Habéis combinado con Lolín este paseo higiénico, por el parque, los tres... ¿Piensas que he tenido la fuerza de no seguiros desde lejos, de no espiaros torpemente, desde mi cuarto, detrás de los cristales? ¡Y os he visto a los tres!... ¡Y he sufrido! sola, expulsada de aquel pequeño mundo de felicidad, al que los demás tenían derecho. ¿Quieres que te diga la verdad? Ha sido injusto.

GASP. Tal vez sí; pero atiende...

AGUE. Una mañana, Salazar, que salía de su cuarto, me sorprendió observándoos, aquí mismo, detrás de esos cristales. No supe qué decir. Debía estar horriblemene pálida... Salazar abrió la puerta, me ofreció su brazo y me dijo: "Vamos; es necesario que comprendan todos que usted puede estar allí." ¿Ves, papá?... No quise hacerlo. Temí disgustaros, impresionar a Lolín. Pero aquellas palabras ¡me hicieron tanto bien!... Salazar me conocía. Me sentí un poco digna de vivir.

GASP. Salazar podía hablar así, porque es un hombre acostumbrado a hacerse fuerza en esta vida; pero Lolín, casi una niña, enferma, endeble; Lolín para quien el afecto de los demás no ha tenido nunca otra forma que la compasión y el mimo... ¿quieres que procediera de igual modo? La estoy escuchando todavía... "que Agueda no sepa, que Agueda no vea: me da pena ser feliz, cuando ella sufre... ¡no, no; que no sepa, que no vea!" Y su timidez parecía en aquellos momentos tan respetable, por lo menos, como tu

generosidad. Había, en el fondo, la misma ternura... Hija mía, ¿era tan fácil decidir?

AGUE. Papá... ¿por qué no hablabas así estos días? ¡He estado tan sola!

GASP. No es verdad. Las lágrimas que tú llorabas quemaban esta piel. Pero toda mi vida fué lo mismo; tú lo sabes. Como si no oyera los ayes y las quejas de los que sufren, les martirizo para curarles, ellos me acusan de crueldad porque no escucho, y a la larga estos ayes y estas quejas que no escucho me han hecho envejecer antes de tiempo... Es duro, es duro. *(Agueda considera a su padre que hace esfuerzos para no aparecer conmovido. Ella misma, en el ápice de una emoción inefable, se acerca a él, acaricia con su mano izquierda la venerable cabeza del anciano y lleva a sus labios devotamente con su diestra la de su padre.)*

AGUE. ¡Papá!... ¡Perdón, papá! *(Una pausa; el padre, con un esfuerzo para serenarse, besa a Agueda en la frente y dice procurando volver al tono natural:)*

GASP. Bien... pasó todo... Y ahora acaba de olvidar... No sabemos sólo de cauterios los médicos: sabemos de bálsamos también. Agueda, hija mía, mira a tu alrededor. No te quejes de que te escondamos alegrías. No las hay aquí. No las habrá verdaderas mientras tengan tus ojos ganas de llorar.

AGUE. Gracias, papá. *(Y quedan ahora, por fin, abrazados ambos. Al cabo de un instante viene por la escalera Ama Concha. Trae el gabán y el sombrero del doctor. Sin levantar la voz dice:)*

CONCH. Señor doctor

GASP. *(Dominándose; él y Agueda se separan.)* Gracias, ama. Déjalo.

CONCH. *(Un poco cohibida; como con pena de haberles sorprendido.)* Y dice Lolín que si la espera usted saldrá en seguida; que va a ser la hora de todos los días.

GASP. Está bien. *(Sale Ama Concha precipitadamente*

y sin hacer ruido, como deseando hacerse olvidar. El doctor se vuelve a mirar a su hija con intención.) Si tú quieres, no saldremos.

AGUE. Sí; pero antes hablaré con Lolín.

GASP. ¡Así!

AGUE. No quiere que me espere, para ser feliz. ¡Tal vez no lo sería nunca! *(Viene Lolín por la escalera. En la actitud de ambas mujeres se da a entender el muro de hielo que, tal vez sin querer ellas, separa sus corazones desde el acto anterior. Lolín ha pasado por delante de Agueda sin acercarse a abrazarla como de costumbre.)*

LOLIN. Buenos días, Agueda.

AGUE. Buenos días. *(Lolín sigue andando hasta llegar al doctor, cuya mano besa también, diciendo:)*

LOLIN. Papá Gaspar... ¿Ha pasado algo nuevo? ¿Qué tenéis?

GASP. Nada. *(El doctor se acerca a los cristales del fondo. Lolín vuelve a observar a Agueda, acercándosele; pero deteniéndose a medio camino, bruscamente, a su pesar, cuando Agueda la mira.)* El día tiende a levantarse. Si esperamos un poco, saldrá el sol.

AGUE. *(Con un suspiro.)* ¡Ojalá salga!

GASP. Lolín... ¿quieres que esperemos?

LOLIN. Yo quiero lo que mande usted.

AGUE. *(Acercándose a Lolín con un aire de reproche cariñoso.)* Pero te contraría... Eso es... quedarte aquí, un momento, a charlar buenamente, en la sala grande, como otros años, los días sin sol... te contraría ya.

LOLIN. ¡No, Agueda!

AGUE. Sí, niña... Y no ha cambiado nada. La puerta cerrada, como otros años desde los primeros días de septiembre; la enredadera sin hojas y sin flores... los montes con nieve, el cielo gris... Lo único, este poco de fuego en el hogar porque nos volvemos viejos.

GASP. Porque Concha se empeñó.

AGUE. Pues bien, por eso... De todos modos hace bien. A mí me consuela. *(Se acerca a la chimenea y*

se sienta en un sillón junto a ella.) Así... como otros años. Pero no estamos todos. Falta Salazar..

GASP. Ha salido. A despedidas. Hoy se marcha.

AGUE. ¿Ya?

GASP. Lo decidió hace días.

AGUE. Pero, saliendo nosotros mañana... Todos los años nos hemos ido juntos.

LOLIN. Hace apenas tres horas que decidisteis salir vosotros.

AGUE. Le sobraba tiempo para aplazar su viaje. No es amable. Pues mañana, la partida será triste. ¡Qué solos, papá!

GASP. Me ha dicho Salazar que previno a su madre por carta de su llegada. Parece que no da tiempo de volverla a escribir, y la buena señora pasaría muchísima inquietud. Adora en él.

AGUE. ¿Vive tan lejos?

GASP. En uno de esos pueblecitos escondidos de la provincia de Avila, al pie de Gredos. Llega correo cada cuatro días. No hay que pensar en telégrafo.

AGUE. ¿Y allí va a enterrarse Salazar?

GASP. Todo el invierno.

LOLIN. ¿Y se resigna a esa especie de destierro?

GASP. Tiene a su madre. ¡Qué viejecita apacible y fervorosa! La he visto una vez y no se me borra. Los dos ¡se completan de un modo!... Además, aquella tierra es él. Fué de su casa, en otro tiempo. A uno de sus abuelos, que era amigo de Santa Teresa, le llamaba la monja "El Caballero Santo". Hay que haber vivido, como yo viví, cinco o seis días en aquel viejo caserón de piedra, intacto hace tres siglos, para acabar de comprender a Salazar.

LOLIN. No habla nunca de su madre. ¡Es raro!

AGUE. No habla de lo que le llega al corazón.

GASP. Es cierto.

AGUE. ¡Nos iremos solos!

LOLIN. Yo, en rigor, podría salir con ustedes, como todos los años.

GASP. ¿Tú?

LOLIN. Ya estoy buena. Por mucho que me convenga la cura de montaña, llevo aquí cinco meses. ¿Para qué ha de prolongarla más?

AGUE. Porque tú haces bien quedándote, Lolín. Se queda aquí ama Concha, que siempre te ha querido; se escribió a doña Constanza, que llegará mañana, encantada, satisfecha de pasar unas semanas con la sobrinita buena... Todos aquí te quieren. Pues si los que están aquí te quieren, tú haces bien quedándote, Lolín. Y además hay tu salud; lo más importante, ¿no es verdad, papá?, porque no te pertenece. Tu salud es de él. Y este hierro que empiezan a acarrear tus venas, tan perezosas antes que no podían con la carga, Papá Gaspar lo ha puesto todo... Papá Gaspar y "Los Rosales"... Tú haces bien quedándote. En realidad soy yo la única que no sé cómo hacer bien... *(Mira a su padre, que está conmovido, corriendo a él.)* ¡Oh, sí, perdón, papá! También lo sé. *(Medio le abraza. A Lolín, por el doctor.)* El lo niega, pero no puede ya vivir aquí. Se muere de nostalgia. La otra tarde se empeñó en que yo tenía fiebre. Le hacen falta sus enfermos. ¡Y, bien pensado, a mí también! ¡Pues a buscarlos! ¡A Madrid mañana! Los dos solos; pero los dos contentos. Y tal vez otro verano darán rosas "Los Rosales". *(Volviendo a Lolín, muy conmovida. El doctor, que disimula su emoción, va al fondo.)* Lolín, ¿me vas a echar de menos? *(Sin palabras, después de una pausa, Lolín se arroja en brazos de Agueda.)*

LOLIN. ¡Agueda!

AGUE. *(Dominada más, cuanto mayor es la emoción de Lolín.)* ¡Lolín!... Tonta. *(A su padre.)* ¿No acaba de salir el sol?

GASP. No se decide.

AGUE. Pues vamos a forzarle... si es preciso.

LOLIN. Agueda, escucha.

AGUE. No quiero que esperéis. *(Tiene una especie de excitación febril que se resolverá después en*

llanto.) Aquí, papá. *(Le ayuda a ponerse el gabán y le da el sombrero.)*

LOLIN. Quisiera decirte..., tengo que decirte...

AGUE. *(Fingiendo enfado.)* No tienes nada que decirme.

LOLIN. ¡Agueda, no; mira que es muy grave; mira que yo misma no sé cómo empezar, pero no puedo más!... Estos días, sí; nos hemos visto apenas, no hemos hablado nunca. Pero hoy, después de hablar como antes, de abrazarnos como antes..., no sé..., me parece que hago mal. Que hay entre nosotras algo. Te lo juro. Si mi felicidad es a costa de esta violencia entre las dos, ¡prefiero sufrir!

AGUE. No, mi Lolín, no digas eso. Entre las dos no hay nada

LOLIN. Sí, sí.

AGUE. Nada. Papá, di a Jorge que mañana salimos, que quisiera despedirme de él y que hoy almuerza con nosotros. *(Sonriendo se vuelve a Lolín.)* ¿Estás contenta?

LOLIN. Sí.

AGUE. ¿Era eso?

LOLIN. Sí. ¿Le guardas rencor?

AGUE. Sí.

LOLIN. ¿Le acusas, entonces?

AGUE. Del mayor daño que he sufrido nunca. ¡Privarme de tu cariño, casi un mes!

LOLIN. Gracias, Agueda, gracias. *(Sale Lolín. El doctor queda un poco atrás y dice a Agueda:)*

GASP. Has hecho su felicidad. ¿No podemos hacer nada por la tuya?

AGUE. ¡Qué sé yo, papá! *(Sale el doctor. Hay una pausa.)* ¡Qué sabe nadie! *(Da unos pasos, hace sonar un timbre; otro silencio; aparece Ama Concha.)* Otro cubierto en la mesa, esta mañana. El señor Valtierra almuerza con nosotros. *(Agueda va a salir por la lateral izquierda de primer término sin añadir palabra.)*

CONCH. ¡Está bien!

AGUE. *(Ya en la lateral volviéndose y obligando a Ama*

Concha, que la observaba toda extrañada, a disimular.) ¿Salazar ha vuelto?

CONCH. *(Aparentando la mayor naturalidad.)* No ha vuelto todavía. *(Sale Agueda. Ama Concha se acerca a la mesa central, donde está el espliego. Salazar entra por el fondo, al cabo de unos segundos. Ama Concha le mira socarronamente de tarde en tarde, y dice al fin:)* ¿De viaje, decididamente?

SALAZ. *(Volviéndose, extrañado.)* Sí; de viaje decididamente. *(Salazar da unos pasos, y, apoyado en la chimenea, se queda silencioso, viendo las manipulaciones de Ama Concha. Esta continúa.)*

CONCH. Espliego. Cuando mi Agueda y el doctor fueron a Suiza, hace ya tiempo, a estudios, para montar la clínica, trajo la niña su afición por estas hierbas. Y la guarda todavía. Verá usted. Se hacen unos manojitos... las florecillas replegadas hacia dentro... así, y los tallos cubriéndolas, atados. Son muy lindos.

SALAZ *(Cogiendo un tallito florido cuyo perfume aspira con fruición.)* Mi madre pone también en los arcones de la ropa blanca espliego y manzanas. Huele a mañana de invierno.

CONCH. La de hoy.

SALAZ. ¿Salió don Gaspar?

CONCH. Como todos los días, con Lolín. Pero Agueda está en casa. *(Y como la lateral izquierda se abre en este momento, añade Ama Concha, saliendo:)* Aquí la tiene usted. *(Efectivamente: Agueda entra en escena por la lateral izquierda. Salazar, siguiendo el gesto de Ama Concha, se vuelve a mirar: quedan uno enfrente de otro. Hay un segundo de turbación; pero Agueda, tranquila y afectando todavía mayor tranquilidad, con una sonrisa, dice:)*

AGUE. ¿No se encuentra arreglo? ¿Se nos marcha usted iremisiblemente?

SALAZ. Esta tarde.

AGUE. Me lo han dicho.

SALAZ. Y lo siento.

AGUE. *(Fingiendo escandalizarse.)* ¡Lo siente! Es la primera vez que emplea ese verbo despreciable. Andamos mal.

SALAZ. *(Muy grave, contrastando con la fingida ligereza de Agueda.)* Andamos mal. *(Hay una pausa. Ni uno ni otro se deciden a dar un cauce al diálogo. Repentinamente Agueda, que se entretenía haciendo manojitos con el espliego, pregunta:)*

AGUE. ¿Sabe usted quién almuerza hoy con nosotros?

SALAZ. *(Con naturalidad.)* ¿Valtierra?

AGUE. Sí; Valtierra. ¿Se lo han dicho?

SALAZ. No.

AGUE. Entonces, ¿cómo?...

SALAZ. Es natural. Ustedes se van mañana.

AGUE. ¿Y qué?

SALAZ. Ni el doctor Ayezcua, ni usted, son capaces de hacer nada a medias. Y esta visita de Valtierra era inevitable hoy mismo, a cualquier hora del día para que diera usted remate a su obra, francamente, a corazón abierto. Ponga usted que me hizo su pregunta brillantes los ojos de satisfacción, de la satisfacción que va con el deber cumplido, y yo no necesitaba más para que el nombre de Valtierra acudiera a mis labios en seguida.

AGUE. Ya... Es verdad... Tiene razón.

SALAZ. ¿Ve usted?

AGUE. ¿De modo que usted, por lo menos, comprende que yo esté satisfecha de esta obra?

SALAZ. De esta obra, sí. Pero es una satisfacción de la voluntad que puede estar reñida, que está reñida muchas veces con el corazón.

AGUE. Dígalo todo. Diga usted que estoy contenta de haberme sacrificado por el bien de Lolín; pero que sufro, que sufro horriblemente todavía pensando en Valtierra. Porque usted acepta como artículos de fe que yo no puedo olvidarle... Dígalo.

SALAZ. Fué usted, precisamente usted, la que dijo que no olvidaría, aquí mismo, no hace mucho, en una conversación que por mi parte—se lo juro a usted—yo tampoco he de olvidar.

AGUE. *(Malhumorada, como dejando una conversación fastidiosa.)* Me da lo mismo.

SALAZ. Y yo lo siento.

AGUE ¡Y van dos veces!

SALAZ. No he pretendido nunca suprimir el verbo sentir de la Gramática. Me limito a conjugarlo siempre con un auxiliar tácito, el verbo pensar.

AGUE. Está bien. Pues aquella tarde parecía usted más razonable. O fué más generoso.

SALAZ. ¿Yo? ¿Por qué?

AGUE. Me habló de una alucinación de los sentidos.

SALAZ. Que usté rechazó.

AGUE. De dar un paso en falso...

SALAZ. Que negó indignada.

AGUE. De un posible engaño...

SALAZ. Al que usted opuso la seguridad del corazón.

AGUE. Yo no estaba preparada para la vida sentimental.

SALAZ. También lo dije; pero me exponía a equivocarme. Estas advertencias...

AGUE. Estas advertencias se hacen a los corazones locos como el mío, así en general, sin pensarlo, para salir del paso, de memoria. Descontando su inutilidad... Anunciándoles una caída; pero sabiendo que se emplearán las mismas, a los pocos días, para anunciarles otra... ¡qué vergüenza!

SALAZ. Estas advertencias, Agueda, independientemente del fervor con que yo las pronunciara, se estrellaron en la convicción de usted. Su seguridad precisamente hizo, aquella tarde, de estas advertencias, palabras sin sentido.

AGUE. ¡Palabras!... ¡Y yo he podido ser tan cándida estos días!... ¡Ya ve usted! En el desbarajuste de mis sentimientos, cuando unas veces desconcertada y otras alegre y otras furiosa de lo que me ocurría, creí volverme loca, he tenido el candor de repetirme las palabras de usted, una por una.

SALAZ. *(Con emoción, a pesar suyo.)* ¿Sí?

AGUE. *(Casi entregándose.)* Me parecían una disculpa.

Me aclaraban mis dudas. Eran mi tabla de salvación. Casi le estaba a usted agradecida. Creí que usted habló porque me conocía; que en mi caso había algo de lógico, de natural, de humano. Me parecía imposible que, no siendo natural, pudiera usted prever... *(Se detiene; vacilando, mira a Salazar.)*

SALAZ. *(Conteniendo la emoción de antes.)* ¿Qué, Agueda?

AGUE. *(Desconcertada ya.)* No sé; no me entiendo.

SALAZ. ¿Procura entenderse?

AGUE. *(Inefable; tono de reconvención.)* Usted no me ayuda.

SALAZ. *(Conteniéndose.)* ¿Cómo puedo?

AGUE. *(Violenta, otra vez.)* Si necesita preguntarlo, es que no puede usted... De ningún modo... *(Y cortando bruscamente el diálogo, vuelve la espalda a Salazar, haciendo ademán de retirarse: Salazar, yendo a ella con pasión apremiante.)*

SALAZ. ¡Agueda, no! ¡Quédese usted!

AGUE. *(Resolviéndose, dice:)* Salazar...

SALAZ. *(Dominándose.)* Perdón, olvide el tono; pero atienda la súplica, por Dios... quédese usted. Me marcho dentro de unas horas. He sido durante seis años un intruso inútil en la afección de ustedes, y este verano, para mi desgracia, el confidente obligado de un dolor que, además, no ha estado en mi mano remediar. Nunca mi presencia tuvo nada de halagüeño para usted.

AGUE. Salazar...

SALAZ. Y en adelante, a pesar mío, tendrá mucho de enojoso y violento; por lo menos, el recuerdo de estos malos días.

AGUE. No.

SALAZ. Quiero decir que vamos a despedirnos para mucho tiempo; tal vez para siempre...

AGUE. ¿Qué?

SALAZ. *(Terminando impasible, pero profundamente emocionado.)* ... si tengo fuerza. Por lo mismo vuelvo a suplicarle que no se vaya usted, así... bruscamente. Contribuya a un engaño bien in-

útil, pero piadoso; déjeme figurarme que se despide de usted, no el amigo que yo he sido, sino el que hubiera deseado ser.

AGUE. *(Lealmente y bajando los ojos.)* Ahora le creo a usted injusto, Salazar. Seis años que nos conocemos; seis años que hemos convivido en "Los Rosales" y usted no significa nada para mí... ¿no es eso? Pues bien, yo cierro los ojos, miro al tiempo que pasó, y en estos seis años no recuerdo impulso de mi alma, rebeldía de mi instinto, duda de mi pensamiento, alegría, dolor, esperanza, desengaño, momento alguno de mi vida que no haya sido objeto, para nosotros dos, de una conversación o de una confidencia. Niéguelo usted. Yo lo he pensado estos días y me he asombrado, le confieso a usted que me he asombrado, de que no me fallara el recuerdo una vez sola. Donde mi alma daba un paso, allí estaba Salazar, casi siempre un poco demasiado grave, para indicarme el sitio en que había de poner el pie. Si no es amistad...

SALAZ. No; porque recuerde usted el ceño duro, la altanería, graciosa en apariencia, pero en el fondo cruel, Agueda; la casi indignación con que ha recibido usted siempre mis consejos.

AGUE. *(Con calor y animación.)* ¡Siempre! Y a los pocos días, con ceño, indignación, altanería y todo, volvía incorregible en busca de otros. Si no es más que amistad, necesidad de mi alma, fe en usted, no sé, no entiendo.

SALAZ. *(Con calor también.)* Yo sí entiendo. Pudo ser todo, menos cariño y afección. Estoy seguro. Perdóneme usted. La primera vez que su alma ha tenido para alguien una sonrisa, un resplandor de sentimiento, prescindamos del nombre, no ha sido la amistad de seis años, sino la flamante y casual amistad de un desconocido la que gratuitamente gozó de ellos.

AGUE. ¡Por Dios, Salazar! Yo le tolero a usted reproches, humillaciones no. Usted se empeña en que nos despidamos y hace lo posible por darle a

nuestra despedida una solemnidad definitiva. Tal vez sin pensarlo, es usted más cruel que yo lo fuí nunca; pero no protesto. Al revés. Deseo contribuir a esta solemnidad de nuestro adiós. Quiero aprovechar este momento para exigirle una promesa. ¿Es pedir mucho?

SALAZ. Diga usted.

AGUE. Con toda mi alma, de todo corazón, y esta vez *pensándolo* además, yo le ruego a usted que, si algún dia me recuerda, no me juzgue nunca por esta historia triste de Valtierra.

SALAZ. ¿Qué derecho tendría a recordar lo que no me pertenece?

AGUE. Recuérdeme usted como yo he sido siempre. No como estos meses. Con mis defectos que son muchos, con mis pobres cualidades, que alguna he de tener. Con todo lo que es mío, sí. ¡Pero esto no lo fué!... ¡no lo fué nunca!

SALAZ. Entonces, Agueda...

AGUE. Yo no sé lo que ha sido. Un hechizo, un delirio, una pesadilla. Eso habrá sido. Un sueño malo, y me doy cuenta al despertar, por el dolor de corazón que me ha quedado. Ni un instante dejé de comprender que hacía mal. No les debo una hora de felicidad a aquellos días. Nunca estuve ciega. Pero amaba sin querer. Ni me lo explico de otro modo, ni tengo otra disculpa, Salazar. Amaba por probar mi amor. Como el gañán canta en el campo, sin objeto, por la alegría de hacer saltar su voz al aire libre. Me respondió un eco de mí misma desde un corazón y fué mi desgracia. Tal vez desde otro habría sido la felicidad. De todos modos, así fué... Usted me conoce, usted me cree y usted olvidará... ¿verdad? *(Con cierta emoción en la voz y acercándose a él.)* ¿Me lo promete?

SALAZ. *(En un arranque de alegría que no puede reprimir.)* Sí. Se lo prometo..., y gracias, Agueda.

AGUE. *(Femenina, recibiendo de lleno todo el calor de emoción de Salazar y dueña de la situación des-*

de este momento.) Soy yo la que agradece..., ¿usted por qué?

SALAZ. *(Reteniéndose; con un último recelo, disimulando.)* ¿Yo?... ¿Por qué?... Es verdad. No sé; tal vez porque después de estas palabras no hemos de separarnos para tanto tiempo; tal vez porque puedo empezar a cumplir mi promesa desde ahora, estrechando su mano con la amistad pura de antes; sin que haya una sombra entre nosotros. *(Un silencio, y da un paso hacia ella, tendiéndole su mano.)* Adiós, Agueda.

AGUE. *(Con una sonrisa; reteniendo un poco la mano de Salazar.)* Se precipita usted.

SALAZ. ¿Yo?

AGUE. Sí, amigo mío. *(Deja libre la mano de Salazar.)* Sería la primera vez que se despidiera usted de mí, sin darme un consejo.

SALAZ. Ya no los necesita usted: ha sufrido; el dolor enseña más que un libro bueno.

AGUE. Pero acobarda.

SALAZ. Acaso.

AGUE. Me engañé una vez, y ha sido tan doloroso, que no quisiera engañarme más. Aconséjeme usted. ¿Es posible distinguir desde el primer momento el verdadero amor, del falso? Si no fuera posible yo creo que renunciaría para siempre a todo amor. Le he cogido miedo.

SALAZ. Haría usted mal; la vida es moralmente incompleta sin amor.

AGUE. *(Con una ironía suave y llena de insinuación viva.)* La moral de usted es el libro de los enamorados.

SALAZ. El libro de los enamorados es la moral de todos. ¿Por qué no? Hacer el bien y amar son una cosa misma.

AGUE. Creo que he de comprenderle a usted: venga el consejo.

SALAZ. Primero un recuerdo... y el consejo al fin. ¿Usted permite?

AGUE. Se lo ruego.

SALAZ. Hay, en un pequeño Museo de Italia, un cuadro

que pintó Rafael, representando las bodas de María de Nazareth, Madre de Cristo. ¿Ha visto usted reproducciones?

AGUE. Muchas. Siga.

SALAZ. Delante de aquel cuadro, yo comprendí una mañana, hace ya tiempo, lo que debe ser el verdadero amor.

AGUE. ¿Estaba usted enamorado?

SALAZ. *(Una pausa; con una emoción inconfundible, mirándola a los ojos; la voz grave.)* Lo estaba ya, sí, Agueda. *(Un sobresalto que Agueda domina deliciosamente.)* Por la unción que puso el artista en las figuras, se me reveló, aquella mañana, totalmente, la significación de un símbolo que siempre me había parecido trivial en nuestra leyenda. Recuerde usted los Evangelios. Me refiero a la rama cortada que debe dar flores en manos del esposo escogido, para significar la voluntad del cielo. Pues esta rama cortada, que debe dar flores, es la imagen del verdadero amor que busca usted.

AGUE. *(Interesada.)* ¿Por las flores?

SALAZ. No. Porque no las tiene; y porque antes de darlas, ha de echar raíces; y porque arraiga sobre el corazón, en vivo, y este arraigar es doloroso y lento. No hay amor trivial y pasajero que no llame a nuestro corazón con flores en la mano. Son la ofrenda del primer instante y son efímeras. Las tuvo Valtierra para usted. Yo vi una... y ya estaba marchita cuando cayó sobre esta mesa. El verdadero amor es árido, al principio. Más que una ofrenda, un martirio. Pero cuando, después de echar raíces, nos da flores, estas del verdadero amor no se marchitan: mientras haya sangre en nuestro corazón tendrán savia que las renueve y las mantenga; porque han nacido allí; no vienen de fuera. *(Agueda y él están en pie muy juntos; ella domina ya con dificultad su propio impulso cogiéndole ambas manos: Salazar, que ya no se retiene, añade con una voz que casi sollo-*

za.) Y mi consejo, Agueda, es éste: desconfíe usted de todo amor que traiga flores como ofrenda del primer instante. Las del verdadero amor han de esperarse, porque tardan, Agueda, tardan siempre. *(La atrae y ella no opone resistencia.)*

AGUE. ¿Tardan mucho, Salazar?

SALAZ. Se olvida el tiempo.

AGUE. *(Inefable, mirándole.)* ¿Pueden tardar seis años? *(Como ruborizada, y sintiéndose irresistiblemente atraída por Salazar en este momento; después de decirlo esconde el rostro en el hombro de Salazar.)*

SALAZ. ¡No, Agueda mía!... Pueden tardar más y siempre tardan menos. Menos, porque la primera que apunta convierte en flores todos los sufrimientos de otros días. Más, porque los años se suceden, en cada año hay primavera, y todavía a la vejez, cuando blanquean de invierno las cabezas, la *florecilla de las nieves* puede ser una ofrenda de este amor. *(Se separan y quedan como cohibidos un instante.)*

AGUE. ¿Se va usted esta tarde, Salazar?

SALAZ. Si usted quiere, no.

AGUE. ¿Sabe su madre lo que ha sufrido usted estos seis años?

SALAZ. ¡Mi madre!... mi madre sabe que te adoro desde el primer momento.

AGUE. Entonces vete; y dile tú que me perdone. Tal vez tendrá alegría... y no sería justo retardársela. ¿Me quiere tu madre?

SALAZ. Llevo seis inviernos hablándola de ti. Perdí una vez un retrato tuyo, de pequeñita, que me dió tu padre... ¡un robo de ella!... ¡y no me lo ha devuelto!

AGUE. ¡Madre mía! ¡Qué delicia, por fin, estas palabras! ¿verdad? Vete... y no me olvidéis los dos este invierno.

SALAZ. Pero...

AGUE. He pecado... me castigo... Y además, es tu consejo. *(Señalando la enredadera del fondo.)* Mi-

ra las ramas. Están sin flores, desnudas, áridas... Tal vez las heló mi ceguedad prematuramente.

SALAZ. ¡Pero ya tienen raíces!

AGUE. No importa. Las flores del verdadero amor han de esperarse. Y esta vez quiero que sea el verdadero.

SALAZ. ¡Yo estoy seguro ya! ¡No me resigno!

AGUE. Nos volveremos a ver...

SALAZ. ¿Cuándo?

AGUE. *(Como si las palabras tuvieran luz; tanta es la fuerza de promesa que pone en el gesto y en la voz.)* ¡Cuando florezcan los rosales! *(Se abrazan.)*

TELÓN

COMPRE USTED

AVENTVRAS

La publicación que más
se lee hoy en España

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

El Cvento Azvl

EJEMPLAR: 40 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-America		Otros países	
Año.....	Pesetas 20	Año.... ..	Pesetas 34
Semestre...	» 10	Semestre...	» 20
Trimestre ..	» 5	Trimestre ..	» 10

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servisio o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16214. Madrid.